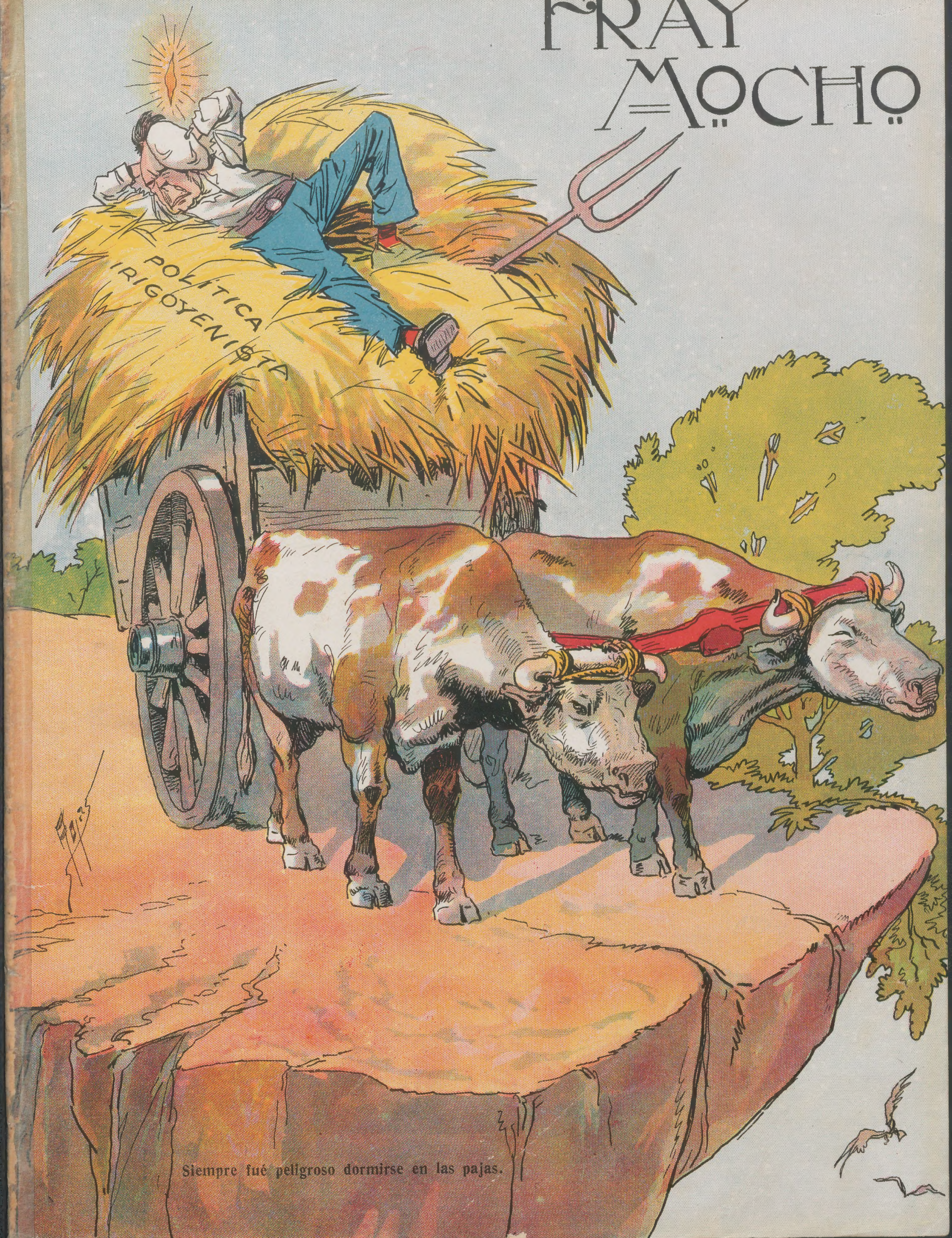
FRAY MOCHO



Siempre fué peligroso dormirse en las pajas.

Z/ 13135 : 8, 351 (1919)



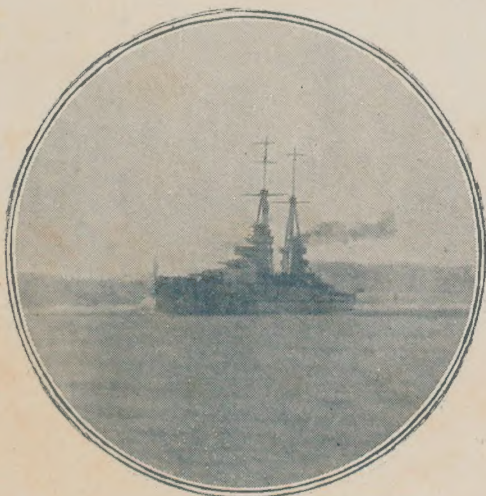
LA RECIENTE ACTUACIÓN DE LA MARINA DE GUERRA ITALIANA.



Parte de una banda del crucero acorazado "San Marco"



Torre central de uno de los "dreadnougths" italianos, armada con cañones de 305 milímetros.



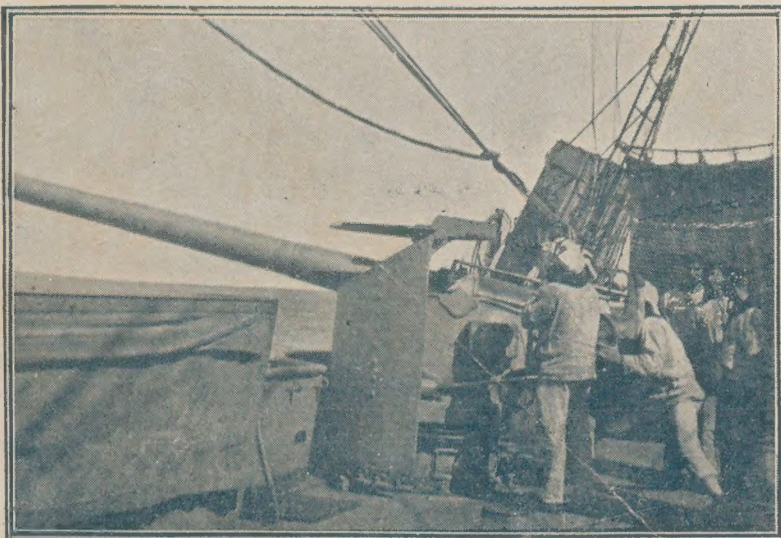
El dreadnougth "Giulio Cesare" saliendo del puerto de Tarento.



Pontón provisto de un cañón antiaéreo, destinado a batir los aviadores enemigos en las lagunas del bajo Piave.



Momento de lanzar al agua un torpedo.



Maniobra a bordo de un torpedero italiano, motivada por la presencia de un submarino adversario en aguas del Adriático.



Una escuadrilla de torpederos patrullando por la zona enemiga.

FRAY MOCHO

Año VIII | Buenos Aires 14 de enero de 1919 | Núm. 351

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin Preußischer Kulturbesitz

Roosevelt

Para nuestros políticos sudamericanos, generalmente flácidos e inertes en la acción, Roosevelt, el gran estadista desaparecido, era un altísimo ejemplo. Para los suyos, forjados todos en la misma fragua de energía, era como la encarnación viviente de los anhelos nacionales. Pueblo envidiable aquél, que, llegado a la madurez en plena juventud, puede inscribir en su libro de oro, y casi a continuación del de Wáshington, nombres de tanta significación en la historia contemporánea, como el de Roosevelt, objeto de la admiración universal, y el de ese otro mago de la democracia, Wilson, que no por actuante y viviente tiene ya menos ganado su puesto en la escala de la inmortalidad.

Lo más hermoso de la energía, de la voluntad, del talento y del corazón de Roosevelt, era el sincronismo de sus cualidades con las cualidades eminentes de sus compatriotas. No fué grande por adelantado a su tiempo y a su medio, como ha ocurrido con nuestras melancólicas figuras de prohombres, con cortas excepciones; sino porque encarnó y sintetizó en sí mismo lo mejor de su ambiente moral, obrando siempre en su conducta pública como el ciudadano perfecto.

Sus enemigos pudieron tacharle de exagerado y ruidoso. Sus libros sorprendentes, sus cacerías de hipopótamos, sus originales y audaces oraciones políticas, estaban en realidad reñidos con las prácticas burguesas. Era demasiado nervioso y ágil para realizar el ideal de los M. Prudhomme que todavía andan sueltos por el mundo, gentes apolilladas y escondidas, para quienes aun es "loco" nuestro Sarmiento, y sólo ilustres y sabios por lo de "mano de fierro", los imitadores de Rosas...

El día en que nuestro pueblo llegue a contemplar diseminados en las tribunas y en los estrados de la acción pública, muchos "locos" de aquel temple — y ojalá sea pronto — estaremos verdaderamente, en el concierto de las naciones civilizadas.

A la educación política de esos hombres, consagrados a la obra del bienestar efectivo del país, sin vanas declamaciones, no habrá contribuído poco el ejemplo y la obra del eminente repúblico, cuya pérdida llora hoy toda la América.

LOS CATORCE PUNTOS DE WILSON



El décimoquinto

LAGRIMAS DE COCODRILO



(De "La Campana de Gracia", de Barcelona).

Inmigración europea

Teníamos, antes de la guerra y de otras calamidades, un motivo profundo de satisfacción colectiva: la nuestra era "tierra de promisión". En las más escondidas provincias de Europa, en el fondo de las campiñas agotadas por la producción incesante, el labriego empobrecido y descorazonado, soñaba con la opulencia de los trigales argentinos, con el bienestar conseguido a corto plazo, mediante el simple esfuerzo de la traslación. Una vez en el país, la pampa o la selva, el ópimo sembrado o la fácil ganadería, el obraje, la incipiente industria, etc., devolvían con generosidad nunca vista cualquier sacrificio de tiempo y de voluntad.

Vino la conflagración europea, y el éxodo de paisanos, en lugar de dirigirse a nuestros campos de riqueza, fué a engrosar los ejércitos, para defender las patrias amenazadas por el enemigo; y en nombre de los mismos sentimientos, miles de extranjeros radicados en la Argentina abandonaron sus hogares de adopción, muchos para no volver.

Nuestros vastos territorios despoblados, reclaman hoy más que nunca —acabada ya la espantosa guerra— el establecimiento de gentes progresistas, anhelosas de conquistar posiciones independientes. Es una vasta tarea que exige la atención preferente del gobierno.

No es mucho decir que la primera, la única manera de atraer población sana y moral, que sepa leer y escribir, y cuente con algunos recursos, es asegurar de antemano la justicia rápida y barata, y la promulgación de leyes de amparo y protección del trabajo.

Pero es sobre todo en los hechos donde ha de implantarse el sistema. Nada haríamos con nuevas leyes de Indias, monumentales en su aspecto y en su concepción teórica, si en la práctica quedara subsistente, por ejemplo, el clásico "comisario" de la leyenda criolla, y con él, todo el instrumentaje de la temible máquina caudillista e irresponsable.

No podemos tener interés en atraer cualquier población. Nuestro país no debe ser un refugio de los lisiados del mundo, o de los fugados de presidio, únicas gentes, a quienes, por su debilidad física o por su exceso de audacia, no cohiben las deficiencias legales y ambientes de sus lugares de refugio.

Si las condiciones económicas de Europa han de determinar muy pronto la emigración de algunos de sus buenos elementos, nuestro deber es atraerlos, empezando por ofrecerles de verdad todas las garantías de una permanencia estable y provechosa, dentro del orden y las conveniencias nacionales.

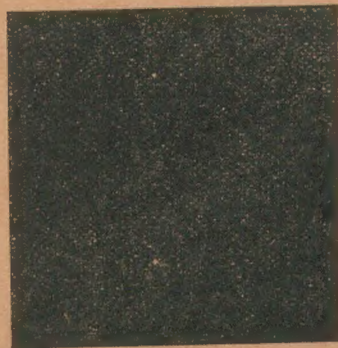
"¿Apotegma o magnanimidad?"

Leemos en un gran rotativo:

"El directorio del ferrocarril Central Córdoba se ha dirigido al Ministerio del Interior, para pedir que los pasajes oficiales otorgados a los empleados públicos lo sean únicamente en el caso de que éstos viajen en el desempeño de alguna misión. Manifiesta el directorio que se ha observado últimamente un notable aumento en la concesión de pasajes oficiales que, como se sabe, gozan de una rebaja del 50 por ciento."

Todo esto traducido al léxico de la Kausa, significa que los muchachos de los "sovietes" parroquiales veranean a costillas de Juan Pueblo. Conviene recordar que el régimen descreído y falaz no fué tan pródigo en este renglón. Al César lo que es del César. Salud, Carrizo!

ELOGIO DE BUENOS AIRES



Aspecto que invariablemente presentan las calles de la periferia porteña, las noches sin Pelagio Luna.

Cura de la pereza intestinal

La llamada pereza intestinal o digestión difícil es tan común, sobre todo en Buenos Aires a causa del agua o del género de alimentación predominante, que sin duda ha de interesar a todos los lectores el tratamiento de cura, reducido a una elección de los alimentos, que indica en una publicación profesional el doctor Julio D. Weinstein. Este médico recomienda hacer tres comidas diarias compuestas así: Desayuno: un vaso de agua caliente, una naranja, una rebanada de pan (mejor si es pan integral) con manteca, un huevo pasado por agua, seis ciruelas cocidas. Almuerzo: dos rebanadas de pan, manteca, un poco de pescado hervido o asado, manteca, vegetales como zanahorias, chauchas, espinacas, etc. (con manteca). Cena: fruta solamente, como manzanas, peras, higos, dátiles, peras y ciruelas, que elegirá el enfermo. Puede comer, por ejemplo, cinco o seis higos, ocho o nueve dátiles, dos manzanas.

Es preciso comer lentamente y masticando bien los alimentos. Se beberá, entre comidas, unas cuatro copas de agua, nada más que agua, y no se comerá cosa alguna entre comidas. Lo único que se usará como condimento será sal y jugo de limón. Conviene comer la fruta con cáscara, de la naranja no se tomará sólo el jugo sino también la pulpa.

Al cabo de una semana se notará mejoría. Entonces, si así se desea, se puede aumentar o modificar las comidas. La cena, por ejemplo, puede consistir, en vez de frutas, en dos rebanadas gruesas de pan con manteca y un vaso de leche o huevos y vegetales.

La lechuga y el apio se comerán crudos. Las espinacas, chauchas, zanahorias, coliflores y espárragos, que son los vegetales que recomienda el doctor Weinstein, serán hervidos con muy poca agua, es decir, con el agua apenas suficiente para cubrirlos, gran parte de la cual se evaporará por ebullición. El agua que quede se tomará, pues contiene substancias alimenticias sanas. El enfermo se abstendrá de comer repollo, pepinos y rábanos.

MARPLATENSE



—¿Conoces a esa que va allí?
—Tiene algo que me parece familiar. ¡Ah! ya sé: lleva un vestido de mi mujer, la sombrilla de mi hija y el sombrero de mi suegra: es nuestra cocinera.

Un precursor de los acaparadores

Un ejemplo de ricacho dilapidador de una fortuna mal ganada fué el joven marqués de Brunoy, funcionario real encargado de cobrar los impuestos de las tierras de la Corona, quien, además de las enormes rentas de su cargo, poseía una fortuna de veinticinco millones de francos. Las prodigalidades insensatas del marqués de Brunoy alimentaron la crónica escandalosa del siglo diez y ocho y excitaron la ira del pueblo que carecía de pan mientras los nobles derrochaban fortunas adquiridas por la expoliación de los trabajadores.

Un día, de Brunoy declaró su intención de casarse. Cede a su novia por contrato 700.000 "livres" en trajes y diamantes y más de 500.000 en joyas. (La "livre" es moneda antigua de valor variable, pero aproximado a un franco). Se realizan preparativos de extraordinario lujo para las fiestas con que ese casamiento será celebrado, pero cuando llega el día de la ceremonia, el marqués abandona a su novia y declara burlonamente que todo ese asunto, que le ha costado dos millones, no ha sido más que una broma.

Otra sonada excentricidad del marqués consistió en vestir con ricos trajes galoneados a los campesinos de sus tierras y organizar con ellos suntuosas procesiones. Míseros campesinos representan a los más célebres monarcas de la antigüedad y desfilan por los campos en carros dorados. Humildes artesanos, apartados de sus tareas en las aldeas, representan prelados que lucen vestiduras sagradas de la mayor riqueza.

El marqués envía invitaciones a provistos de bombas y regaderas, descargan de pronto torrentes de agua sobre la concurrencia... Esta fiesta de desenlace tan grosero costó muchísimo dinero.

Entretanto se exasperaban los sufrimientos del pueblo hambriento que veía malgastar tanto oro sin provecho para nadie.

Crecía un sordo y terrible rencor

GENIO
CIGARROS TOSCANOS
INSUPERABLES
A 10 CENTAVOS

gente de todas las clases sociales de veinte leguas a la redonda para que presencien esa procesión sin igual. Los curiosos acuden por centenares y los principales de ellos se instalan en el patio del castillo... En el momento más admirable del espectáculo, cuando estallan unánimes los aplausos del público, una cuadrilla de servidores del marqués, ubicados en los techos y

contra los "acaparadores" como ya entonces se llamaba a los individuos que acumulaban riquezas especulando sobre el hambre del pueblo. El marqués de Brunoy era uno de ellos. Sabíase que, además de las ganancias de su cargo, su riqueza provenía también de especulaciones en trigo. Estaba vinculado con la siniestra maniobra llamada "pacto del hambre", la cual tenía por objeto entregar a Francia, durante doce años, a merced de cuatro millonarios, que dirigían un ejército de subalternos. Estos debían provocar carestías, metódicamente, a efecto de sostener precios elevadísimos de todos los artículos de consumo, sobre todo en los años de malas cosechas: exactamente como se ha hecho entre nosotros con el azúcar y con el aceite. Decíase que en este turbio negocio participaban personajes de rango muy elevado, los cuales habían invertido diez millones de francos. Los afiliados acumulaban los cereales en sus depósitos — como el azúcar en los depósitos de la aduana —; una vez así acaparado el trigo en plaza y provocada la carestía, lo vendían por pequeñas cantidades al precio que se les antojaba.

Por semejantes procedimientos, individuos como el marqués de Brunoy, podían satisfacer sus locuras mientras el pueblo sufría hambre.

RUMORES EN LAS BANCAS



—¡Nos ha embromado!: está haciendo una paz separada.

LA CASA

Una habitación soleada, aireada, limpia. He aquí un placer a que todos los hombres tienen derecho. Ciento de leguas se extienden alrededor de las poblaciones, de terrenos incultos de predios sin labor, de infecundos y tristes arenales. Y los hombres se amontonan en la ciudad en infectas y estrechas viviendas. Pero cada terreno tiene su dueño, cada casucha su impuesto, cada edificación sus enormes trabas. Y se da el triste caso de que, mientras los propietarios de modestas fincas se arruinan, los trabajadores perecen en manadas en malolientes y ruinosos tugurios. Donde el vivir entre cuatro paredes va pareciendo insoluble problema no es extraño que la muerte haga estrago y la barbarie tenga prosélitos y el cuchillo esté siempre dispuesto a salir de su vaina con relámpagos de odio y vibraciones de jabalina. Una vivienda... Todos los animales la tienen. Bajo los altos peñascales en que el águila amontona para su nido briznas y vedejas, juncos y copos, socava el oso montaraz su cubil. Haciendo perdurable la lamentación bíblica, sólo falta descanso a la sien del hijo del hombre. Nuestros ensueños nos fingen siempre ese hogar apacible, que nunca tendremos, ese rincón amable en que podríamos criar el hijo, escribir el libro, plantar el árbol: los tres perdurables y santos anhelos. Y pensando en estos afanes que no se cumplen veremos abrirse las grandes vías, donde se alzarán los suntuosos alcázares que no serán para nosotros, pensando siempre en un sitio apartado, lejano del centro, pero donde nuestros hijos podrían tener aire y luz, y donde, cuando los años avanzaran en despiadado curso un manso viento impregnado de aroma, de brotes y cálices, un rayo de sol vivificador y confortante, vinieran hasta el viejo sillón patriarcal, a subir por el ancho respaldo, a enredarse en los blancos y adorados cabellos de nuestra viejecita.

Antonio ZOZAYA.

El acero de vanadio o acero vanádico es un cuerpo maravilloso. Su ductibilidad es tan extraordinaria que una barra de este metal, templado, puede anudarse en frío.

Una barrita de acero vanádico aguzada por un extremo, calentada a 500 grados centígrados y sumergida en agua inmediatamente, adquiere un temple que permite cortar el cristal, lo cual prueba que sería muy difícil encontrar una combinación en la que una dureza tan grande vaya unida a una ductibilidad semejante.

En la exposición de París de 1900 se exhibió una máquina de cepillar, de acero vanádico, que se ponía roja por la alta temperatura que alcanzaba y, sin embargo, no perdía ninguna de sus propiedades.

SALVAGUARDANDO SU BUEN NOMBRE

El preso, que había sido detenido por borracho y bochinchero, declaró que se llamaba Woodrow Wilson.

—¡Ese no es su nombre!—le observó el comisario.

—Bueno, señor: confieso que no es el mío, pero lo di para que por mi conducta no recayera deshonor en un nombre respetable.

DARWINISMO

—¿Cree usted en la teoría de la descendencia del mono?

—Hombre, no he hecho caso sobre si creo o no en ella, pero es muy útil para observar a los que se vanaglorian de sus muchos antepasados, que cuanto más antiguo es el antepasado, más se acerca al mono.

DOS DEL MISMO PAÑO

Dos financistas tuvieron uan entrevista á fin de concertar uno de esos negocios turbios en que se gana un millón casi en el umbral de la cárcel. Terminada la entrevista, un amigo de uno de ellos le preguntó cómo le había ido.

—Bien; pero, con todo, me parece algo desconfiado.

—¿Desconfiado? ¿por qué?

—Después que le di la mano... se contó los dedos.

DISTINCION DE CLASES

Truquini y Minyeti tienen más o menos la misma fortuna, pero sus familias no se tratan.

—¿Por qué?

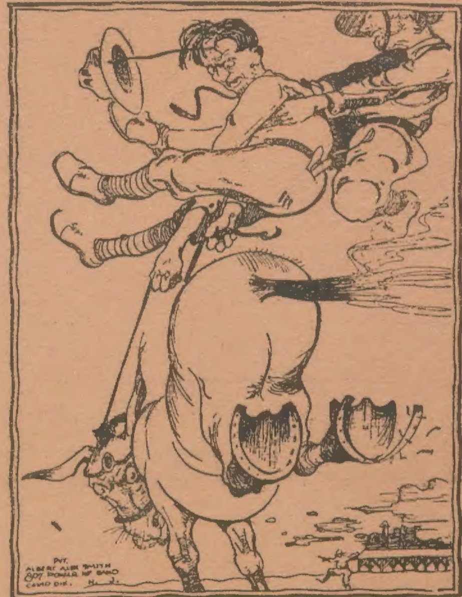
—Cuestión de categorías. Truquini se cree superior a Minyeti porque ha hecho plata con el azúcar refinado, mientras Minyeti se ha enriquecido con el aceite en bruto.

A PLAZOS

—¿Por qué se hace usted hacer trajes para pagar a plazos?

—Porque así ponen paño que dure hasta que haya pagado todas las cuotas.

TURF



—¿Qué le pasa al Botafogo?
—Tal vez no esté de acuerdo con el coutacto del tenedor y el cuchillo de reglamento.



EMPEZÓ

LA GRAN LIQUIDACION

— DE TODOS NUESTROS ARTICULOS PARA VERANO Y MEDIA ESTACION —

COMPRENDE ESTA GRAN LIQUIDACION
TODA NUESTRA CASA

Sastrería
Confecciones
Camisería
Layettes
Lencería
Modas
Bonetería
Calzado
Sombrerería
Tiradores
Guantería
Gramófonos
Corsetería
Lutos
Novedades
Bastonería
Sport
Juguetería
Corbatería
Viaje
Pañolería
Toilette
Cristalería
Regalos
Tapicería
Baño
Perfumería
Blanco
Platería
Estuches
Ajuares
Bijouterie
Fantasías
Marroquinería
Gemelos
Relojes
Carteras
Valijería

CREDITOS

Los ofrecemos a todo el mundo, desde $ 50 hasta 10.000, a pagar en 10 meses, sin interés, comisión ni recargo alguno. Nunca mejor ocasión para proveerse de todo lo necesario.

INTERIOR

Los clientes del interior y exterior que hacen sus compras por carta, gozan de las mismas ventajas que los de la Capital Federal.
Los separadores de mercaderías llenarán los pedidos con artículos rebajados o de más alta calidad.

MAYORISTAS

Nuestra liquidación permite comprar a menos del costo excelentes artículos directamente importados por nosotros, cuya reventa puede producir grandes beneficios.
Estamos en condiciones de poder atender pedidos por cualquier cantidad, y en tipos y modelos perfectamente surtidos.

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

¡CIAO!

—¿Qué tal, vecino?, ¿le molestan mucho esos vagabundos que andan mendigando por aquí?

—No vienen desde que puse un letrero en la puerta.

—¡Ah! ya me imagino: "Cuidado con el perro", ¿eh?

—No; simplemente: "Se necesita un peón".

NO SE AUSENTEN DE LA OFICINA

La señora fué a buscar a su marido a la oficina, y como éste no estaba en ese momento, se puso a charlar, mientras lo esperaba, con el muchacho mandadero:

—Supongo que respondes de buen modo cuando hablan por teléfono...

—Por supuesto. Cuando me dicen "¿Está el señor Martínez?", contesto: "Sí, señor"; y si me dicen: "¿Está Carlitos?", contesto: "Sí, señorita".

PROTESTA DIPLOMATICA

Juanita había ido con su mamá a almorzar a casa de una amiga. Pusieron la comida en la mesa y la dueña de casa sirvió a la mamá y a sí misma, mientras refería animadamente algunos incidentes muy amenos para ellas. A causa de la charla, Juanita quedó olvidada. Al cabo de algunos minutos la niña, que se contenía recordando que no debía pedir que le sirvieran, no pudo resistir más y alzando el plato preguntó:

—¿Alguien necesita un plato limpio?

UN ENTENDIDO

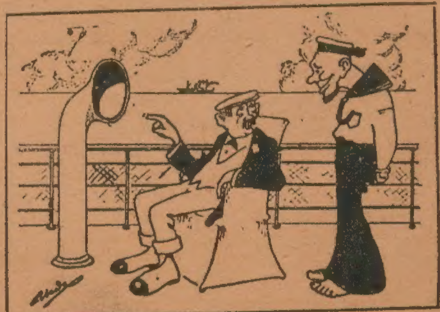
—¿De manera que usted se considera un buen vendedor?—preguntó el dueño de la zapatería al joven que le pedía empleo.

—Sí, señor; póngame en el departamento de calzado para señoras, y ya verá como marcharán bien las cosas.

—¿Qué piensa hacer?

—Solamente marcar con el número 34 a todo el calzado número 38.

DEL VIAJE DE ALBINO PUGNALIN AL JAPON



—¡Oiga, marinero! Este fonógrafo debe estar estropeado, porque hace dos horas que estoy aquí y aun no ha tocado ninguna pieza.

¿Cuál de las dos?

Luisa, veintiséis años.—**Anita**, diecisiete años.

Luisa entra sin hacer ruido en el cuarto de **Anita** y se detiene al ver llorar a su hermana.

Luisa.—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Anita (contrariada al verse sorprendida).—Por nada. Ya pasó.

Luisa.—Vamos, hermanita, dime por qué lloras.

Anita.—Ni lo sé siquiera... Los nervios, el tiempo...

Luisa.—¡Por Dios, mujer! Yo te lo diré: lloras por lo de ayer.

Anita.—¿Por lo de ayer?

Luisa.—Sí, no lo niegues; por la contestación que papá y mamá dieron a...

Anita.—¿A ese muchacho? No... No lo creas.

Luisa.—Sí, Anita, sí; por la contestación que dieron a Pablo Raynaud cuando fué a pedirles tu mano.

Anita.—¡Te juro!...

Luisa.—No jures; es inútil que finjas conmigo, con tu hermana mayor. ¿Acerté?

Anita (a regañadientes y en voz baja).—Sí.

Luisa.—Lo hubiese apostado (abrazándola). Vaya, dame un beso. Es una tontería, una ridiculez que te aflijas así por un títere como ese, por un chiquillo...

Anita.—¡Por un marido!

Luisa.—¡Vaya una cosa! Por cada uno que se pierda salen diez.

Anita.—¡No exageres!... Eres deliciosa; hablas de eso con una frescura...

Luisa.—¿Qué supones?

Anita. — Nada... Pero empiezo a cansarme de mi situación... ¡Esto es hasta humillante! (Rompe a llorar).

Luisa.—¿Qué es lo que te humilla?

Anita.—¡Eso, mujer!... Ver que piden constantemente mi mano y que nunca se concede... Acabará por enterarse todo el mundo y todos se preguntarán: ¿Qué gato encerrado hay aquí?

Luisa (acariciándola).—Qué cosas dices, chica... ¿Piden constantemente tu mano y aún te quejas? ¿Qué harías si estuvieses en mi lugar? Nadie vino a pedir la mía, paso inadvertida, como si no existiese... Vamos a ver, ¿qué dices ahora?

Anita.—Que en tu lugar lloraría diez veces más; esto es todo.

Luisa.—Buen remedio. ¿Crees que por eso subiría antes al altar? Vaya, no te desesperes así y enjuga esas lágrimas. Dentro de poco—acuérdate de lo que te digo—dentro de poco cambiará todo.

Anita.—¡Oh!

Luisa.—No hay ¡oh! que valga, porque he tomado una seria resolución. Ahora mismo venía a tu cuarto para dártela a conocer. ¿Te tranquilizas ya con mis palabras?

Anita.—Sí; pero no adivino...

Luisa.—Oye, te quiero con toda mi alma, ya lo sabes.

Anita.—Como yo a ti.

Luisa.—Podrás tener la seguridad de que no tengo envidia de mi Anita. Todas cuantas felicidades alcances, aunque sea un poco a costa mía, me alegrarán tanto como si fuese yo quien las alcanzase.

Anita.—Eres muy buena.

Luisa.—No soy buena; no digas tonterías. Pues verás: de algunos años a esta parte vengo notando una cosa que me da mucha rabia... pero mucha... Y es ésta: a ti, picarona, te quieren llevar constantemente a la Vicaría, y yo, en cambio, no veo pasar un alma... Han pedido tu mano once veces en dos años y medio.

Anita.—También pidieron la tuya; sé justa.

Luisa.—La mía una vez; el señor Chateaulolan, con sesenta años a cuestas... y una pata coja.

Anita.—Pero muy rico. Por lo menos tan rico él solo como mis once sumandos.

Luisa.—Algo bueno había de tener. De todos modos, no puedo compararme contigo; todos los jóvenes, todos los simpáticos, todos los que me gustaron se dirigieron a ti... ¡Siempre Anita, nunca ese espantajo de Luisa!

Anita.—¡Qué pena me da oirte!

Luisa.—¡Cállate, rica! Siempre empezaba con papá y mamá la misma escena: "Señora, caballero—decía el joven conmovido o la persona respetable enviada en su lugar—tengo el honor de pedirles la mano de su hija.—¿De Luisa?—preguntaba mamá, que se muere por verme colocada.—No, de Anita—respondía el joven amable o la persona de años.—Pues no pasemos adelante, caballero — contestaba papá. — No es usted el primero que pide la mano de Anita; pero hemos tomado la determinación irrevocable de no casar a nuestra hija menor antes que a la primogénita. Cuando Luisa esté casada, ya veremos. Hasta entonces, tenemos el pesar..." Todos quieren a Anita... y ¡canastos!, ya comprenderás que, a menos de taparme los oídos, había de caer en la cuenta...

Anita.—¿Y me tienes rabia por eso?

Luisa (burlándose). — Una rabia atroz.

Anita (alarmada).—La culpa no es mía, te lo juro. Nunca hice nada para...

Luisa (con amargura).—¡Oh, encanto mío! Lo sé, me consta. ¡Enojarme yo contigo! ¡Por Dios, mujer! Sólo que no tuve más remedio que comprender que no gustaba a nadie... Es desagradable... es el colmo de la vergüenza... Todo lo que quieras, pero es así. En los bailes no me sacan nunca.

Anita.—Hacen algo mejor que eso.

Luisa.—¡Ah, sí, ya sé; charlan los valses conmigo en vez de bailarlos!... ¡Mala señal!... En una palabra, me dije: ¿Por qué papá y mamá se obstinan en rehusar Anita a cuantos la piden? Porque creen que me perjudicaría que se casase ella antes que yo: así es que el único medio de salir de este atolladero consiste en no casarme yo... Y ya estoy resuelta a ello.

Anita.—¿Tú?

Luisa.—Sí, mujer, yo misma. ¿Para qué obstinarse y esperar lo que no ha de venir? Después de todo siento inclinaciones de solterona.

Anita.—¿Estás loca?

Luisa.—¡Qué he de estar! Quito de en medio un obstáculo ilusorio... Así, ya no tendremos que elegir... ¿En qué piensas?

Anita (muy conmovida).—Pienso... pienso en que es eso tan hermoso... tan sublime...

Luisa.—¿Volverás a tus tonterías?

Anita. — Que no lo acepto. No, no permito que te sacrifiques así por mí.

Luisa.—¡Pero si no hay tal sacrificio. Hoy mismo se lo diré a los papás y todo el mundo sabrá que la señorita Luisa Durocher no quiere casarse.

Anita.—Sería yo una miserable si te dejase...

Luisa.—¡No hablemos de eso!

Anita. — Sí, hablemos. ¿Quieres saber la verdad? ¿Quieres que te la diga? Si una de las dos debe sacrificarse, no cabe duda, debo ser yo.

Luisa.—¡Vaya una idea!

Anita (exaltada).—Sí, yo. Fíjate en ello, mujer: puesto que a mí me solicitaron siempre y a ti nunca, resulta que sólo mi presencia causa todo el daño. Te eclipso, te hago sombra...

Luisa.—Estás loca.

Anita.—Si yo dijese que renuncio a casarme, que quiero permanecer soltera, todo se arreglaría, y los doce desdichados se verían obligados a dirigirse a ti.

Luisa.—O a otra cualquiera, no seas inocente...

Anita.—Inocente o no, no salgo de mis trece. Yo soy quien renuncia a casarse, ¿lo entiendes?

Luisa.—No; soy yo la mayor.

Anita.—Yo, la menor.

Luisa. — Oye, juguémoslo a cara o cruz, ¿quieres?

Anita.—No; no son la suerte y el azar los que deben regir estas cosas.

Luisa.—La suerte y el azar son Dios mismo. La Providencia puede, si le place, iluminarnos con una moneda de cobre. (Sacando una del bolsillo).

Anita.—Tienes razón. Cruz es que yo debo continuar soltera.

Luisa.—Por consiguiente, yo soy cara. (Va a arrojar la moneda).

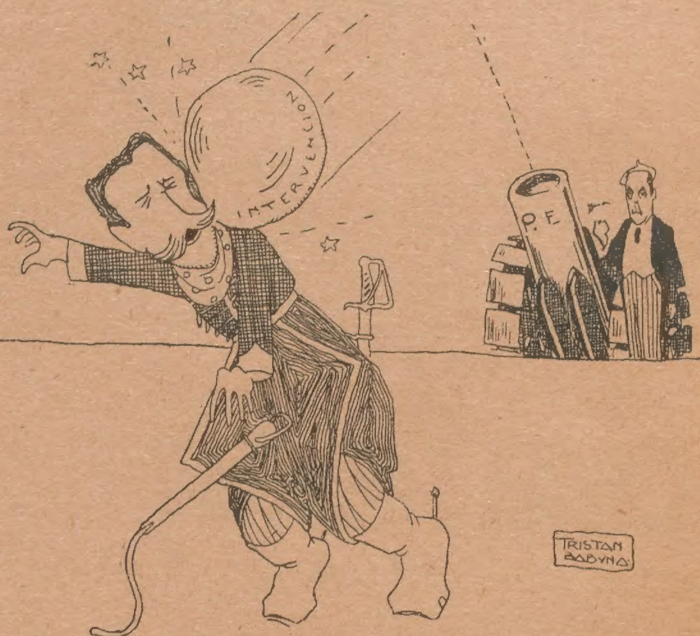
Anita. — Aguarda. (Se persigna). Ahora (salta la moneda). Luisa, que ha sido la primera en verlo:—¡Cara! He ganado yo. No me casaré nunca.

Anita (triste). — ¡Oh, hermanita mía! (Está a punto de llorar).

Luisa (febril, abrazándola con nerviosidad).—¿Pero no te ríes, Anita? ¡Es la primera vez que tengo suerte!

Enrique LAVEDAN.

BOMBAZO... A LA CREMA



—Diga, compadre y amigaso, ¿va en serio o tuito es pa dorar la píldora?
—No se asuste, que es de doublé, José Nestor...



ACEITE marca

"FRANCÉS"

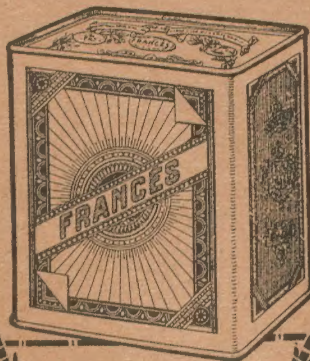
Un factor indispensable para la buena comida.

Importadores:

Ardanza e hijos

1529, San José, 1545

BUENOS AIRES



Recomendamos conservar la chapita colocada en la parte superior de cada lata del aceite marca FRANCÉS porque tiene un valor importante.

Humboldt y Bompland encontraron las dalias en 1803 en una pradera de Méjico, y las describieron como plantas desconocidas hasta entonces, a pesar de ser ya cultivadas y apreciadas en España.

Las primeras dalias que se cultivaron en París fueron procedentes de semillas que recibió Thomin del botánico español Cavanilles, que había hecho siembras con semillas remitidas en 1791 por don Vicente Cervantes, director del jardín botánico de Méjico.

Cavanilles fué el que creó con estas plantas el género Dahlia, en homenaje a Dahl, botánico sueco, y este nombre es el que, a la vez como vulgar y científico ha quedado para estas plantas en España.

En otras naciones, especialmente en Alemania, las llaman georgianas, en honor del botánico ruso Georgi.

Las dalias llamaron la atención de toda Europa, como plantas de adorno, por sus hermosas y variadas flores, por el gran desarrollo de sus tallos, y por ser plantas perennes y de muy fácil multiplicación.

La especie primitiva tenía las flores pequeñas, pero después se han obtenido flores mayores y más regulares, con casi todos los colores imaginables, a excepción del azul, a pesar de los esfuerzos hechos para obtener este color. Precisamente esta facilidad de cambiar de color atrajo a los jardineros, los cuales lograron producir, en 1808, la dalia doble.



Fruta picada, por Rojas

El faro del imperio

Kurt Eisner, jefe del gobierno bávaro

Fué entonces un símbolo y resulta hoy una visión profética aquella historia del faro del cabo Espartel.

Su torre se alza junto a Tánger. Y en Tánger fué donde teatralmente se reveló ante el mundo con toda su violencia dominadora el imperialismo alemán. Ya no quería disimular sus propósitos. ¿Para qué? "Estamos en condiciones de levantar la visera del casco y mirar con la terrible mirada germana a quien se nos ponga delante en nuestro camino."

En 1905 desembarcó en Tánger Guillermo II. "El tridente del dios de los mares — había dicho tiempo antes — pertenece a nuestro puño." Toda Europa, comprendiendo el sentido de reto que encerraba el viaje imperial, se estremeció con el presentimiento de la guerra. La guerra, aplazada en 1905, no ha tardado una década en estallar.

Un socialista alemán, Kurt Eisner, protestó ya entonces contra la diplomacia militar del Imperio, representada en aquel desembarque del César en la costa de Marruecos. Mantuvo su protesta en un extenso folleto: "El sultán de la guerra mundial".

"¡Proletarios de Europa — clamaba Kurt Eisner, — salvad los más sagrados bienes de los pueblos!" Guillermo II ha pisado la tierra africana junto al faro del cabo Espartel. Sabido es — añadía el escritor socialista — que cuando en otoño las golondrinas y aves emigrantes de Europa cruzan el Estrecho, van de noche a estrellarse en compactas bandadas contra el foco de luz que culmina en lo alto del torreón. Atraídas, deslumbradas, enloquecidas, se destrozan contra los alambres que circundan la inmensa linterna. Los chillidos dolorosos de millares de pájaros se sobreponen al mismo batir de las olas... Por la mañana, cuando sale el sol, ¡qué triste espectáculo! Centenares y centenares de aves cuelgan deshechas de los alambres y cubren el suelo al pie del faro, con las cabezas hendidas y las alas rotas... ¿Será, por ventura, el destino de los pueblos europeos—se preguntaba Kurt Eisner—ir a estrellarse contra la seducción fulgurante del imperialismo, foco más deslumbrador, más mortífero, que el del faro del cabo Espartel?

Vino la guerra. ¡Hurra por la pólvora seca y la espada afilada! ¡Hurra! La espada salió del talabarte, y la pólvora estalló, incendiando e toda Europa, desde las aldeas heladas de Rusia hasta las campiñas flamencas, en cuyas suaves lejanías giran lentamente las aspas de los viejos molinos... ¡Hurra!

El faro esplendía trágicamente. ¡A París! ¿Quién vacilaba, quién se detenía en aquel vértigo de la conquista y del dominio del mundo? Hasta una gran parte del socialismo germánico desertó de las rojas banderas de la Internacional. Masas y nuevas masas de proletarios alemanes caían sobre los puentes del Iser y se estrellaban contra los bastiones heroicos de Verdún. La profecía estaba cumplida. Como en el cabo Espartel, las míseras bandadas se destrozaban en las alambradas sangrientas, y la tierra desaparecía bajo los montones de cadáveres mutilados.

Hubo, sin embargo, en Alemania, corazones independientes que no se dejaron arrastrar por el torbellino. Hubo internacionalistas que permanecieron fieles a la democracia social. Y entre éstos se hallaba Kurt Eisner.

En su mesa de trabajo primero, en el tumulto de la calle después, en la prisión más tarde, no cesó ni un momento de combatir al pangermanismo imperialista.

"El programa de la Unión pangermanista es sencillo y claro"—escribía en 1915 en el semanario "Die Neue Zeit". — Quieren conquistar los pangermanistas un gran imperio colonial, "lo que, a su juicio, sólo puede ser logrado por el robustecimiento de una situación de fuerza Alemana en Europa".

Por eso — añadía Kurt Eisner, — el imperialismo quiso la guerra. Cuando la guerra se desencadenó, la revista "Hojas Pangermanistas" publicó, delirante de júbilo, un número extraordinario. "Es un goce el vivir...", se leía en él. "Hemos anhelado esta hora..." "¡Ya está ahí, la hora santa!"

"¡Britania debe ser destruída!", decía otro número. "Francia, Rusia y Bélgica han de quedar reducidas a la impotencia" — agregaba el almirante Breusing.—"Necesitamos reunir todas las tierras de lengua alemana en un solo imperio y un solo pueblo..." "¡Un pueblo dominador, que dirija eternamente el desarrollo de la Humanidad!"

El faro brillaba poderoso, implacable... Nosotros, sin embargo, tenemos otro ideal — objetaba Kurt Eisner; — queremos el progreso alemán junto con el progreso europeo, el progreso de los intereses generales, comunes a todos. De este ideal nuestro "no es ciertamente posible hablar hoy con más claridad". "¡pero preparémonos a tiempo, en medio de la guerra, para las horas decisivas que vendrán fatalmente!"

Y llegaron las horas decisivas. El águila imperial, herida de muerte, fué a caer a la otra orilla del río de las germánicas leyendas. Y al cabo surgió aquel arcabucero del Rhin, vaticinado por Heine; el buen camarada alemán que asestaría al águila de Prusia el último golpe.

El arcabucero rhenano se llama Kurt Eisner. Ha sido Kurt Eisner quien, poniéndose al frente de los grupos de obreros y soldados, proclamó en Baviera la primera República alemana.

La revolución se extendió rápidamente. Difícil es hoy apreciar, de un modo general, su verdadero carácter. Acerca de este movimiento revolucionario pueden todavía caber dudas. Más difícil aún sería conjeturar sus futuras transformaciones. Pero al brillar esta roja aurora de un nuevo sol, y ya extinguido el faro imperialista Kurt Eisner habrá recordado seguramente su antiguo símbolo del cabo Espartel. Y las pobres golondrinas, cayendo a millares, le parecerán una imagen pueril frente a este horror abominable, cuya magnitud jamás hubiera logrado prever. ¿Qué se ve sobre el suelo alemán, a la luz de ese amanecer angustioso? "Vorwaerts, el diario socialista, hace el recuento: 1.580.000 cadáveres, 260.000 desaparecidos, 490.000 prisioneros, 4.000.000 de heridos e inválidos...

Luis de ZULUETA.

CÍVICOS

(Del libro "Sonetos y trioleta", recientemente aparecido).

I

¡Vibre el clamor del verbo ciudadano
en las tribunas y en los parlamentos!
Como las notas de un clarín ufano,
vibre el clamor del verbo ciudadano.
Hable de libertad y de un humano
anhelo de justicia en sus acentos.
¡Vibre el clamor del verbo ciudadano
en las tribunas y en los parlamentos!

II

La noble imagen de la patria vieja
nos habla de deber y de civismo.
Y es más grande a medida que se aleja
la noble imagen de la patria vieja.
Su recuerdo en el ánimo nos deja
un deseo de gloria y de heroísmo.
La noble imagen de la patria vieja
nos habla de deber y de civismo.

III

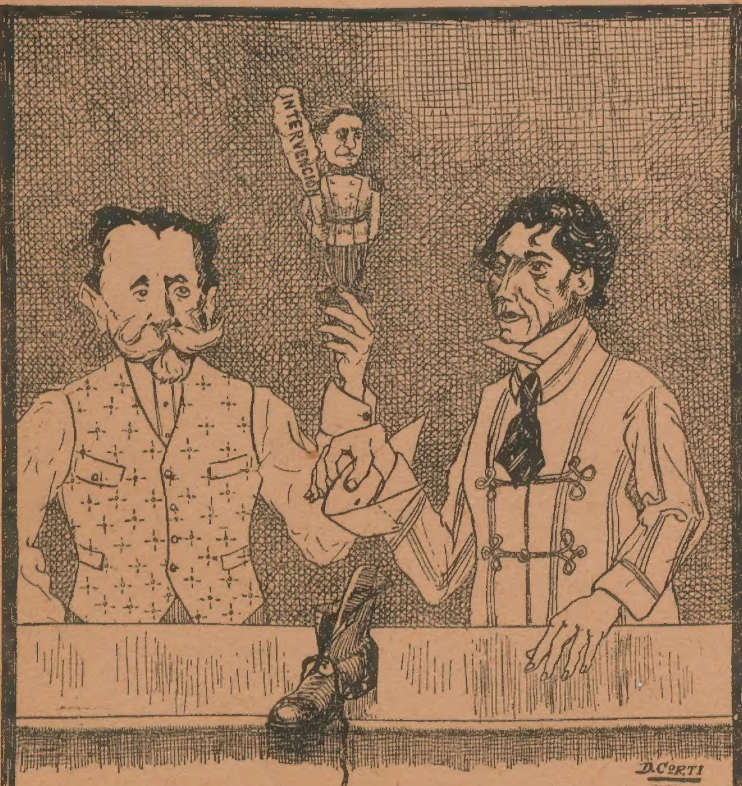
Enseña azul que vienes de la historia
santificada por los holocaustos,
eres compendio de la patria gloria
enseña azul que vienes de la historia.
¡Flota sobre la tierra promisoria
en la abundosa paz de días faustos,
enseña azul que vienes de la historia
santificada por los holocaustos!

IV

¿Quién cantará tu gloria en el futuro,
Patria, cuando en los siglos te levantes
como un hogar hospitalario y puro,
quién cantará tu gloria en el futuro?
Surgir entonces del misterio oscuro
quisiera, por vivir esos instantes...
¿Quién cantará tu gloria en el futuro,
Patria, cuando en los siglos te levantes?

Alvaro MELIÁN LAFINUR.

LOS REYES EN MENDOZA



Nardo Corvalán.—Vea, señor gobernador, lo que se han permitido dejarme los Reyes... ¡Esto es un insulto!
Lencinas.—Usted se queja por poco, ministro... ¡Mire lo que me han puesto a mí!

Dib. de Corti.

Un periódico único en el mundo

En el golfo de San Lorenzo hay unas islas llamadas islas de la Magdalena, que durante el invierno, por espacio de más de seis meses, se quedan completamente aisladas del mundo.

Las tempestades, las nieves y las nieblas hacen imposible el desembarco. Por otra parte, la profundidad de la mar no permite la instalación de cables telegráficos, y, además, no existe ningún puerto seguro para recibir a los barcos durante la época mala.

Los habitantes que son franco-canadienses y que hablan todavía el francés del siglo XVIII, se quedan completamente aislados del resto del mundo, porque no tienen telégrafo, ni teléfono, ni correo. Este sólo lo reciben en verano.

Teniendo en cuenta la triste situación de aquella gente, el gobierno canadiense ha fundado para ella un periódico único en el mundo.

Todas las semanas, un periodista práctico condensa en mil palabras todas las noticias del mundo, y se transmiten a las islas por medio de la telegrafía sin hilos. De este resumen se sacan varias copias y se reparten en las parroquias, donde después de la misa de domingo, el cura sube al púlpito y lee las últimas noticias recibidas. Los pescadores canadienses están muy satisfechos de este servicio cuya importancia no podemos apreciar los que tenemos tantos periódicos a nuestra disposición.

Puchitos

Cádiz es la ciudad más antigua de Europa. Fué fundada por los fenicios hace tres mil años, mucho antes de que los griegos establecieran colonias en Italia.

La ciudad británica de York es la principal de las que fundaron los romanos en Inglaterra. Llamábase Eboracum. Es un ejemplo del prestigio de la tradición de que se habla a menudo al juzgar la psicología del pueblo inglés. En efecto, York conserva su antigua dignidad y es la única ciudad—sin contar a Londres—cuyo primer magistrado tiene el título de Lord Mayor. En todas las demás ciudades se llama, simplemente Mayor.

La palabra papa con que se designa al pontífice romano significa padre. Es la misma que pope, nombre que se da en Rusia a todos los sacerdotes.

El 95 % de la producción de platino del mundo procedía antes de la guerra de las minas de Ural en Rusia. Esa proporción que era de 300.000 onzas por año ha descendido a casi la cuarta parte debido al estado actual de Rusia. Otros países de producción de platino son Colombia, Colombia Británica, Nueva Gales del Sur, Alaska y Canadá. Se anuncia que se ha descubierto últimamente yacimientos de ese valiosísimo metal en la Serranía de Ronda (España); parece que esos yacimientos son importantes y pueden constituir una riqueza para el país.

Hace unos diez años un estudiante ruso compartía con cuatro compañeros en un cuartujo situado en el sexto piso de una casa de la calle Berthollet, en París. Los cuatro pagaban por la pieza un alquiler de 60 pesos por año. Los vecinos recuerdan todavía a ese estudiante, miserablemente vestido, que se alimentaba de desperdicios de comida y de papas fritas compradas en la calle; pasaba casi todo el día y parte de la noche en las bibliotecas, con lo que había resuelto el problema de la calefacción. Se llamaba Lenine. Actualmente es el amo de todas las Rusias.

La epidemia de influenza que asoló últimamente a los Estados Unidos fué mucho más grave de lo que dejaban transparentar las pocas noticias que al respecto nos llegaron. Fué atacada por la epidemia, que duró seis semanas del 30 al 40 por ciento de toda la población y en más del 5 % de los enfermos la influenza degeneró en bronconeumonía casi siempre fatal.

Francia es el país aliado que más ha combatido en la guerra que termina. Sus pérdidas totales no pueden ser determinadas todavía, aunque se ha publicado varios cálculos, pero se sabe con exactitud que en los 29 primeros meses de la guerra las pérdidas francesas en muertos, heridos y prisioneros ascendieron al 12.18 % de los efectivos.

Una institución oficial norteamericana, el Bureau of Fisheries, ha verificado experimentos que le permiten recomendar el empleo de la piel de algunos peces, particularmente la de tiburón y de marsuino, en sustitución del cuero común. Asegura que esa piel podría servir hasta para la fabricación de calzado.

Antes de la guerra los Estados Unidos importaban de Alemania colores de anilina por valor de siete millones de pesos oro. En el año 1918 los Estados Unidos exportaron colores de anilina fabricados en el país por valor de 7.296.080 pesos oro. En 1915 había en ese país siete compañías productoras de colores; actualmente hay ciento cincuenta.

Próximamente será vendida en remate, en Inglaterra, la ciudad de Shaftesbury, en el distrito de Dorset, que tiene una población de 3000 habitantes y está compuesta por casas de habitación, banco, oficina de correos, negocios, hoteles y cafés, etc. Se venderá en un solo lote. Es uno de los tantos casos de liquidación de vastos dominios poseídos por un riquísimo terrateniente.

El famoso astrónomo francés Camilo Flammarion, en una de sus obras, anuncia los sonidos que se oyen desde un globo a diferentes alturas.

El canto de las ranas se oía hasta los 900 metros. A los mil puede oirse todavía el ruido producido por los vehículos en el pavimento. Una banda de música puede oirse hasta los 1400 metros y a los 1500 se distingue aún las campanas de las iglesias, el canto de los gallos y algunas veces los gritos de las gentes. El ruido producido por el disparo de un arma de fuego y el ladrar de los perros se oye hasta los 1800 metros. El silbido de la locomotora puede percibirse hasta los 3000 metros.

Se ha inventado un dispositivo muy simple para ablandar la cubierta protectora que cierra las baterías de acumuladores empleando vapor suministrado automáticamente. Las partes esenciales son un pequeño generador de vapor o caldera y un depósito que suministre agua. El generador de vapor consiste en un pequeño tanque cilíndrico colocado sobre un calentador a gas o petróleo y lleva un dispositivo (flotador) que regula la cantidad de agua automáticamente. De este modo la cantidad de vapor que se genera es constante. Los elementos cuya cubierta quiere removerse son introducidos en un recipiente herméticamente, los acumuladores pueden permanecer bajo la acción del vapor sin que la cantidad de éste aumente hasta límites peligrosos.

EN TODAS PARTES SE CUECEN HABAS



—¿Qué tal la suela de los botines de marcha?
—Muy interesante: raspando un poco se puede leer las noticias.

Una joya musical

Sabido es que el antecesor del actual piano es el célebre clavicordio, que hizo su aparición hacia fines del siglo XV o principios del siglo XVI.

Algunos arqueólogos sostienen que fué en 1505 cuando apareció en Italia el primer clavicordio.

Como quiera que sea, lo seguro es que en todos los siglos XVI y XVII estuvo en gran uso, y que la marca que en ese largo período adquirió más renombre en toda Europa, fué la del flamenco Ruckers el viejo, de Amberes, que vivió de 1579 a 1651.

Ahora bien, de estos clavicordios todavía quedan algunos, y recientemente se ha vendido en Londres uno de la susodicha marca, construido en 1614. Está muy bien conservado y lo mismo las bellas pinturas que lo adornan, y continúa teniendo voces muy agradables y expresivas que justifican la fama antaño adquirida por el famoso fabricante.

El niño que sufre de estreñimiento no quiere jugar ni se ríe.

Si el niño está malhumorado, febril y enfermizo, dele el Jarabe de Higos "California".

¡Madres! Sus niños no son intranquilos ni malhumorados por naturaleza. Fíjese a ver cómo tienen la lengua; si está sucia es señal evidente de que el estómago, hígado e intestinos delicados necesitan un laxante.

Cuando el niño esté indiferente, pálido, febril, resfriado, tenga el aliento fétido, mal de garganta, no coma, no duerma ni funcionen bien sus intestinos; si tiene dolores de estómago, o diarrea, acuérdese que un laxante suave para los intestinos es el primer tratamiento necesario.

Nada iguala al Jarabe de Higos "California" en enfermedades de los niños; dele una cucharadita y en pocas horas desaparecerá el estreñimiento venenoso, bilis ácidas y alimento fermentado que obstruye los intestinos, y su niño estará sano y contento otra vez. Todos los niños encuentran este inofensivo y delicioso "laxante de fruta" muy agradable al paladar, y es siempre eficaz para los órganos interiores. Las instrucciones para tomarlo, tanto los niños de todas las edades como los adultos, vienen impresas en cada botella.

Téngalo siempre a la mano. Un poco que se le dé hoy, salvará a un niño enfermo mañana; pero compre el genuino. Pídale a su boticario una botella del Jarabe de Higos "California" y vea que sea el fabricado por la "California Fig Syrup Company".

¡Cure la Caspa! El Cabello se Pondrá Espeso, Ondeado y Bello

¡Muchachas! Pásense un paño por el cabello y dupliquen su belleza.

La caspa desaparece y el cabello no se vuelve a caer.

Si desea poseer una cabellera abundante y hermosa, suave, lustrosa, sedosa, ondeada y sin caspa, no tiene más que usar Danderine.

Es fácil y no costoso tener un cabello bonito, suave y, sobre todo, abundante. Sólo tiene que comprar ahora un frasco de Danderine de Knowlton; todas las farmacias lo recomiendan. Aplíquese un poco según las instrucciones que acompañan a cada frasco, y al cabo de los diez minutos se notará más abundante. Se pone fresco, sedoso, cogerá un lustre incomparable y verá que no puede encontrar la menor partícula de caspa, y no se caerá el cabello; pero su verdadera sorpresa será después de usarlo por varias semanas, cuando vea su cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Danderine es el único tónico, a nuestro juicio, que hace crecer el cabello, destruye la caspa y cura la picazón en el cráneo, evitando que el cabello se caiga.

Si Ud. quiere ver lo bonito y suave que su cabello es, humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Su cabello se pondrá suave, lustroso y bello en pocos minutos; una sorpresa agradable aguarda a todas aquellas personas que lo prueban.

BALNEARIO PARA EL PUEBLO



—Veinte centavos de impuesto, señor, por inhalación de aire puro.

Mientras la Tierra
voltea oscura y triste en el espacio.
Y ¡aquello! ¿son estrellas
o sus ojos rasgados?...
Pero este cuerpo rígido...
Pero estos labios blancos...
Pero estos ojos turbios...
Pero este pelo laso...
Su alma—como las almas—voló al cielo,
su cuerpo se hizo tierra...
Cuando nosotros traspongamos, nada
recordará su gracia y su belleza.
¿Son, acaso, estas cosas
las que dicen los vientos a las selvas?
¿Son acaso, estos nombres
los que el agua murmura so la adelfa?
¿Estos grandes olvidos
son, estas grandes penas
las que suspira el mar las tardes de oro?
¿Esto es lo que se sueña
cuando miramos lejos sin ver nada
cuando el alma se ausenta?
¿Se piensa en esto, acaso
cuando en nada se piensa?

ALFA Y OMEGA

Cabe la vida entera en un soneto
empezado con lánguido descuido,
y, apenas iniciado, ha transcurrido
la infancia, imagen del primer cuarteto.

Llega la juventud con el secreto
de la vida, que pasa inadvertido,
y que se va también, que ya se ha ido,
antes de entrar en el primer terceto.

Maduros, a mirar ayer tornamos
añorantes, y, ansiosos a mañana,
y así el primer terceto malgastamos.

Y, cuando en el terceto último entramos,
es para ver con experiencia vana
que se acaba el soneto... Y que nos vamos.

Manuel MACHADO.

Los nuevos versos de Manuel Machado

PAISAJE

Este llano, este bosque, esta montaña
en miniatura y casi ciudadanos,
tienen ya bajo el cielo de septiembre
aire puro, sol claro,
rumor de esquilas, paz en largas horas
y el silencio sonoro de los campos.

Polvorientas ovejas
caminan en el vaho
de la tarde, a lo lejos.
El remoto balido del rebaño
es la voz que la cálida llanura
dilata mansa hacia el poniente cárdeno.

Oigo en mi huerto el agua
correr, y al hortelano
cavar la tierra. En torno, la arboleda
cabecea y suspira; el aire, en tanto,
rumor, frescor y aromas
y mariposas blancas toma en brazos.

ANTE LA JOVEN MUERTA

Cierto, dicen, que un mundo hay después de éste...
donde ella será, acaso,
una gentil pastora
de estelares rebaños...
Verdad, tal vez, que en ese mundo ignoto
un día nos hallamos,
—¿un día?—y que tenemos
como aquí, sueños vagos
de algo que no está allá...

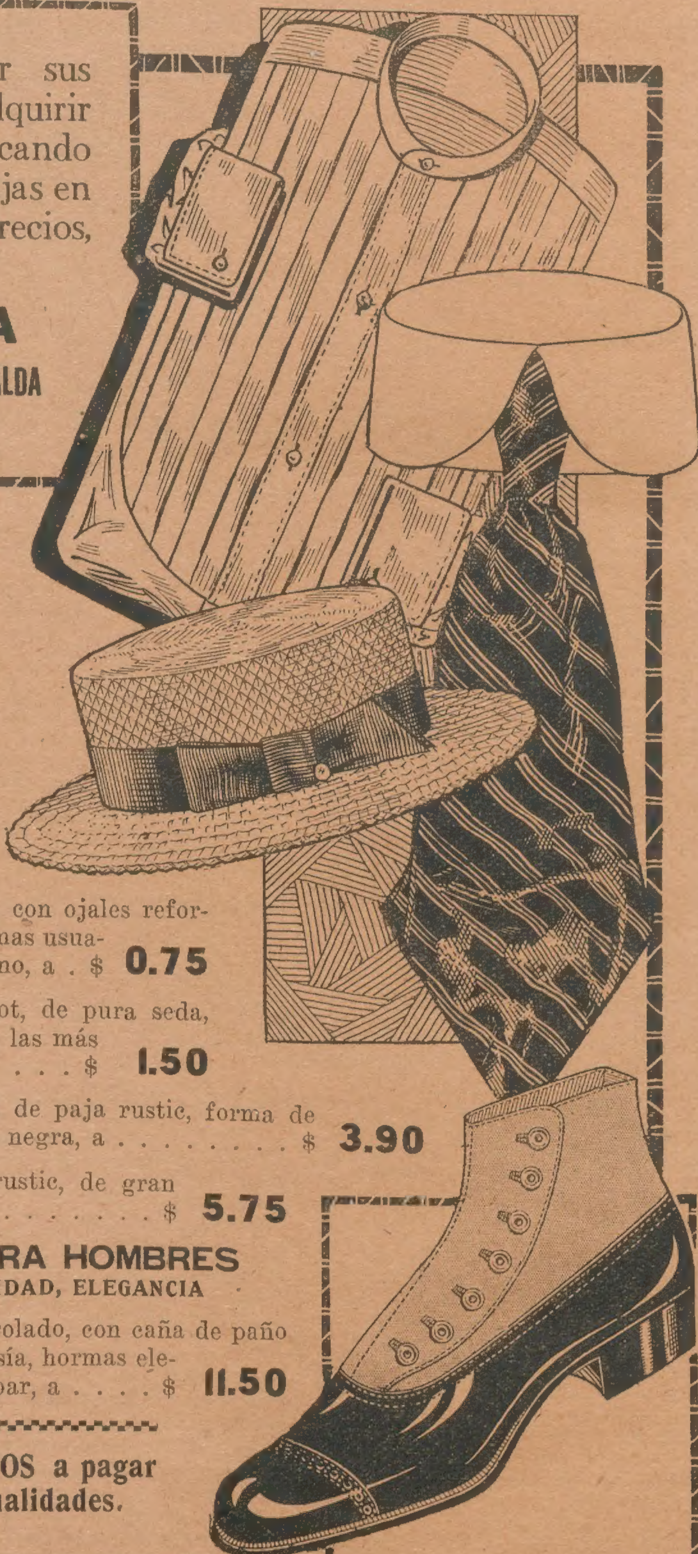
LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS



—Ahí viene el cobrador de la luz eléctrica; por diez centavos solamente ladro como un perro y lo asusto al entrar.

Si quiere realizar sus propósitos al adquirir un artículo buscando las mayores ventajas en su calidad y precios, acuda a lo de

M. ZABALA
Bmé. MITRE y ESMERALDA
BUENOS AIRES



CAMISAS de madapolam blanco, vistas de hilo, con pechera a tablones y puños doblados, a pesos. **5.00**

CALZONCILLOS cortos, de madapolam blanco de calidad extra superior, a . . . . . $ **3.75**

CUELLOS de puro hilo, con ojales reforzados, en todas las formas usuales y de moda, cada uno, a . $ **0.75**

CORBATAS forma Ascot, de pura seda, variedad en gustos de las más altas novedades, a . . . . . $ **1.50**

SOMBREROS canotiers, de paja rustic, forma de gran aceptación, cinta negra, a . . . . $ **3.90**

CANOTIERS de paja rustic, de gran moda, a . . . . $ **5.75**

CALZADO PARA HOMBRES
SOLIDEZ, COMODIDAD, ELEGANCIA

BOTINES de potro charolado, con caña de paño negro o de color fantasía, hormas elegantes y cómodas, el par, a . . . . $ **11.50**

Acordamos CRÉDITOS a pagar en cómodas mensualidades.

M. ZABALA
=B^me MITRE Y ESMERALDA

Calzado de lujo, el par, $ **11.50**

El crimen de la calle de la Perseguida

—Aquí donde usted me ve soy un asesino.

—¿Cómo es eso, don Elías? —pregunté riendo, mientras le llenaba la copa de cerveza.

Don Elías es el individuo más bondadoso, más sufrido y disciplinado con que cuenta el cuerpo de Telégrafos, incapaz de declararse en huelga, aunque el director le mande cepillarle los pantalones.

—Sí, señor... hay circunstancias en la vida... llega un momento en que el hombre más pacífico...



—A ver, a ver, cuente usted eso—dije picado de curiosidad.

—Fué en el invierno del 78. Había quedado excedente por reforma, y me fui a vivir a O... con una hija que allí tengo casada. Mi vida era demasiado buena: comer, pasear, dormir. Algunas veces ayudaba a mi yerno, que está empleado en la municipalidad, a copiar las minutas del secretario. Cenábamos invariablemente a las ocho. Después de acostar a mi nieta, que entonces tenía tres años y hoy es una moza gallarda, rubia, metida en carnes, de esas que a usted le gustan (yo bajé los ojos modestamente y bebí un trago de cerveza), me iba a hacer la tertulia a doña Nieves, una señora viuda que vive sola en la calle de la Perseguida. Habita una casa de su propiedad, grande, antigua, de un solo piso, con portalón obscuro y escalera de piedra. Solía ir también por allá don Gerardo Piquero, que había sido administrador de la aduana de Puerto Rico y estaba jubilado. Se murió hace dos años el pobre. Iba a las nueve, yo nunca llegaba después de las nueve y media. En cambio, a las diez y media en punto levantaba tiendas, mientras yo acostumbraba a quedarme hasta las once o algo más.

Cierta noche me despedí, como de costumbre, a estas horas. Doña Nieves es muy económica, y se trata a lo pobre, aunque posee hacienda bastante para regalarse y vivir como gran señora. No ponía luz alguna para alumbrar la escalera y el portal. Cuando don Gerardo y yo salíamos, la criada alumbraba con el quinqué de la cocina desde lo alto; en cuanto cerrábamos la puerta del portal, cerraba ella la del piso y nos dejaba casi en tinieblas, porque la luz que entraba de la calle era escasísima.

Al dar el primer paso, sentí lo que se llama vulgarmente un "cale", esto es, me metieron con un fuerte golpe el sombrero de copa hasta las narices. El miedo me paralizó y me dejé caer contra la pared. Creí escuchar risas, y un poco repuesto del susto, me saqué el sombrero.

—¿Quién va? —dije dando a mi voz un acento formidable y amenazador.

Nadie respondió. Pasaron por mi imaginación rápidamente varios supuestos. ¿Trataron de robarme? ¿Querrían algunos pilluelos divertirse a mi costa? ¿Sería un amigo bromista? Tomé la resolución de salir inmediatamente porque la puerta estaba libre. Al llegar al medio del portal, me dieron un fuerte azote en las nalgas con la palma de la mano, y un grupo de cinco o seis hombres me tapó al mismo tiempo la puerta.—¡Socorro!—grité con voz apagada, retrocediendo de nuevo hacia la pared. Los hombres comenzaron a brincar delante de mí, gesticulando de modo extravagante. Mi terror había llegado al colmo.

—¿Dónde vas a estas horas, ladrón?—dijo uno de ellos.

—Irá a robar a algún muerto. Es el médico—dijo otro.

Entonces cruzó por mi mente la sospecha de que estaban borrachos, y recobrándome, exclamé con fuerza:

—¡Fuera, canalla! Dejadme paso o mato a uno.

Al mismo tiempo enarbolé el bastón de hierro que me había regalado un maestro de la fábrica de armas y que acostumbraba a llevar por las noches.

Los hombres, sin hacer caso, siguieron bailando ante mí, y ejecutando los mismos gestos desatinados. Pude observar a la tenue claridad que entraba de la calle, que ponían siempre por delante uno como más fuerte o resuelto, detrás del cual los otros se guarecían.

—¡Fuera!—volví a gritar, haciendo molinete con el bastón.

—¡Ríndete, perro!—me respondieron, sin detenerse en su baile fantástico.

Ya no me cupo duda, estaban ebrios. Por esto y porque en sus manos no brillaba arma alguna, me tranquilicé relativamente. Bajé el bastón, y procurando dar a mis palabras acento de autoridad, les dije:

—¡Vaya, vaya; pocas bromas! A ver si me dejáis paso.

—¡Ríndete, perro! ¿Vas a chupar la sangre de los muertos? ¿Vas a cortar alguna pierna? ¡Arrancadle una oreja! ¡Sacadle un ojo! ¡Tiradle de las narices!

Tales fueron las voces que salieron del grupo en contestación a mi requisitoria. Al mismo tiempo avanzaron más hacia mí. Uno de ellos, no el que venía delante, sino otro, extendió el brazo por encima del hombro del primero y me agarró de las narices y me dió un fuerte tirón, que me hizo lanzar un grito de dolor. Di un salto de través, porque mis espaldas tocaban casi a la pared, y logré apartarme un poco de ellos; y alzando el bastón lo descargué, ciego de cólera, sobre el que venía delante. Cayó pesadamente al suelo sin decir ¡ay! Los demás huyeron.

Quedé solo y aguardé anhelante que el herido se quejase o se moviese. Nada; ni un gemido, ni el más leve movimiento. Entonces me vino la idea de que pude matarlo. El bastón era realmente pesado y yo he tenido toda la vida la manía de la gimnasia. Me apresuré, con mano temblorosa, a sacar la caja de cerillas y encendí un fósforo.

No puedo describirle lo que en aquel instante pasó por mí. Tendido en el suelo, boca arriba, yacía un hombre muerto. ¡Muerto, sí! Claramente vi pintada la muerte en su rostro pálido. El fósforo me cayó de los dedos y quedé otra vez en tinieblas. No le vi más que un momentto; pero la visión fué tan intensa, que ni un pormenor se me escapó.

Era corpulento, la barba negra y enmarañada, la nariz grande y aguileña; vestía blusa azul, pantalones de color y alpargatas; en la cabeza llevaba boina negra. Parecía un obrero de la fábrica de armas, un armero, como allí suele decirse.

Puedo decirle, sin mentir, que las cosas que pensé en un segundo, allí, en la obscuridad, no tendría tiempo de pensarlas ahora en un día entero. Vi con perfecta claridad lo que iba a suceder. La muerte de aquel hombre divulgada en seguida por la ciudad; la policía echándome mano, la consternación de mi yerno, los desmayos de mi hija, los gritos de mi nietecita; luego la cárcel, el proceso arrastrándose perezosamente al través de los meses y acaso de los años; la dificultad de probar que había sido en defensa propia; la acusación del fiscal llamándome asesino, como siempre acaece en estos casos; la defensa de mi abogado alegando mis honrados antecedentes, luego la sentencia del tribunal absolviéndome quizá... quizá condenándome a presidio.

De un salto me planté en la calle y corrí hasta la esquina; pero allí me hice cargo de que venía sin sombrero, y me volví. Penetré de nuevo en el portal con gran repugnancia y miedo. Encendí otro fósforo y eché una mirada oblicua a mi víctima con la esperanza de verle alentar. Nada; allí estaba en el mismo sitio, rígido, amarillo, sin una gota de sangre en el rostro, lo cual me hizo pensar que había muerto de conmoción cerebral. Busqué el

sombrero, metí por él la mano cerrada para desarrugarlo, me lo puse y salí.

Pero esta vez me guardé de correr. El instinto de conservación se había apoderado de mí por completo, y me sugirió todos los medios de evadir la justicia. Me ceñí a la pared por el lado de la sombra, y haciendo el menor ruido con los pasos, doblé pronto la esquina de la calle de la Perseguida, entré en la de San Joaquín y caminé la vuelta de mi casa. Procuré dar a mis pasos todo el sosiego y compostura posible. Mas he aquí que en la calle de Altavilla, cuando ya me iba serenando, se acerca de improviso un guardia municipal.

—¿Don Elías, tendrá usted la bondad de decirme?...

No oí más. El salto que di fué tan grande que me separé algunas varas del esbirro. Luego, sin mirarle, emprendí una carrera desesperada, loca, al través de las calles. Llegué a las afueras de la ciudad y allí me detuve jadeante y sudoroso. Acudió a mí la reflexión. ¡Qué barbaridad había hecho! Aquel guardia me conocía. Lo más probable es que viniera a preguntarme algo referente a mi yerno. Mi conducta extravagante le había llenado de asombro. Pensaría que estaba loco; pero a la mañana siguiente, cuando se tuviese noticia del crimen, seguramente concebiría sospechas y daría parte del hecho al juez. Mi sudor se tornó frío de repente.

Caminé aterrado hacia mi casa y no tardé en llegar a ella. Al entrar se me ocurrió una idea feliz. Fuí derecho a mi cuarto, guardé el bastón de hierro en el armario y tomé otro de junco que poseía, y volví a salir. Mi hija acudió a la puerta sorprendida. Inventé una cita con un amigo en el Casino, y, efectivamente, me dirigí a paso largo hacia este sitio. Todavía se hallaban reunidos en la sala contigua al billar unos cuantos de los que formaban la tertulia de última hora. Me senté al lado de ellos, aparenté buen humor, estuve jaranero en exceso y procuré por todos los medios que se fijasen en el ligero bastoncillo que llevaba en la mano. Lo doblaba hasta convertirlo en un arco, me azotaba los pantalones, lo blandía a guisa de florete, tocaba con él la espalda de los tertulios, para preguntarles cualquier cosa, lo dejaba caer al suelo. En fin, no quedó nada que hacer.

Cuando al fin la tertulia se deshizo y en la calle me separé de mis compañeros, estaba un poco más sosegado. Pero al llegar a casa y quedarme solo en el cuarto, se apoderó de mí una tristeza mortal. Comprendí que aquella treta no servía más que para agravar mi situación en el caso de que las sospechas recayesen sobre mí. Me desnudé maquinalmente y permanecí sentado al borde de la cama larguísimo rato, absorto en mis pensamientos tenebrosos. Al cabo el frío me obligó a acostarme.

No pude cerrar los ojos. Me revolqué mil veces entre las sábanas, presa de fatal desasosiego, de un terror que el silencio y la soledad hacían más cruel. A cada instante esperaba oir aldabonazos en la puerta y los pasos de la policía en la escalera. Al amanecer, sin embargo, me rindió el sueño; mejor dicho, un pesado letargo, del cual me sacó la voz de mi hija.

—Que ya son las diez, padre. ¡Qué ojeroso está usted! ¿Ha pasado mala noche?

—Al contrario, he dormido divinamente—me apresuré a responder.

No me fiaba ni de mi hija. Luego añadí afectando naturalidad:

—¿Ha venido ya ''El Eco del Comercio''?

—¡Anda! ¡Ya lo creo!

—Tráemelo.

Aguardé a que mi hija saliese y desdoblé el periódico con mano trémula. Recorrilo todo con ojos ansiosos, sin ver nada. De pronto leí en letras gordas: ''El crimen de la calle de la Perseguida'', y quedé helado por el terror. Me fijé un poco más. había sido una alucinación. Era un artículo titulado ''El criterio de los padres de la Provincia''. Al fin, haciendo un esfuerzo para serenarme, pude leer la sección de gacetillas donde hallé una que decía:

''Suceso extraño. Los enfermeros del Hospital Provincial tienen la costumbre censurable de servirse de los alienados pacíficos que hay en aquel manicomio, para diferentes comisiones, entre ellas, la de transportar los cadáveres a la sala de autopsias. Ayer noche cuatro dementes, desempeñando este servicio, encontraron abierta la puerta del patio que da acceso al parque de San Ildefonso, y se fugaron por ella llevándose el cadáver. Inmediatamente que el señor administrador del hospital tuvo noticia del hecho, despachó varios emisarios en su busca, pero fueron inútiles sus gestiones. A la una de la madrugada se presentaron en el hospital los mismos locos, pero sin el cadáver. Este fué hallado por el sereno de la calle de la Perseguida, en el portal de la señora doña Nieves Menéndez. Rogamos al señor decano del Hospital Provincial, que tome medidas para que no se repitan estos hechos escandalosos.''

Dejé caer el periódico de las manos, y fuí acometido de una risa convulsiva que degeneró en ataque de nervios.

—¿De modo que había usted matado a un muerto?

—Precisamente.

Armando PALACIO VALDES.

El normando, el parisiense y el caballo overo.

—¡Hola, Saturnino!; ¿está contento de su compra?

—Con razón; vea qué lindo animal.

—No es malo, pero ha debido pagarlo bien...

—¿Por qué cree eso?

—Un caballo overo como éste no es cosa que cualquiera puede comprar.

—Me ha costado cien pesos.

—Es barato; quizás tiene algún defecto.

—Así es; tiene un defecto: renguea.

—En ese caso, se ha clavado, amigo Saturnino; un caballo que renguea es caro por cien pesos.

Saturnino se echó a reir y miró a su alrededor. Los campesinos iban de un lado a otro por la feria y en la animación de ese día de mercado extraordinario, nadie los observaba particularmente. Entonces, levantando una pata del animal, Saturnino mostró a su interlocutor un guijarro encajado entre la herradura y el vaso.

—¿Ve esto?

—Sí, es un guijarro.

—Efectivamente; el campesino que me vendió el caballo me lo dejó por ese precio porque cojeaba. Era algo que le había venido de pronto, tal vez por haber recibido un puntapié. El hombre no se explicaba la causa...

—Entonces usted examinó el animal, descubrió el guijarro, causa de la cojera, en opinión suya, y como parisiense pícaro, evitó muy bien comunicar al vendedor su descubrimiento...

—Me parece muy natural. (Los negocios...

—Está bien. ¿De modo que usted cree que una vez quitado el guijarro el animal no cojeará más?

—Evidentemente.

—A ver: haga la prueba.

Vagamente inquieto, Saturnino retiró la pedrezuela del vaso del animal y lo hizo caminar y trotar un trecho: el caballo cojeaba como antes!

—Es una treta vieja: el mismo vendedor puso el guijarro. Usted ha caído derechito. Con razón dicen que un normando se ''fumará'' siempre a un parisiense.

Saturnino se puso a reflexionar gravemente y al cabo de un minuto dijo:

—A normando, normando y medio. ¿No le gustaría a usted ''fumarse'' también a un compatriota?

—¡Bah! si ganara algo... ¿Tiene alguna idea?

—Sí.

—¿Una idea de parisiense, eh? Vamos a ver.

Y Saturnino expuso al viejo con quien hablaba, un aldeano amigo suyo, el plan que acababa de elaborar. Los dos cómplices se separaron. El viejo, Maflu, fuése caminando a paso desocupado de un lado a otro de la feria. No tardó en hallar a aquel a quien buscaba.

—Buen día, Piedrache.

—Buen día, Maflu.

—Lindo tiempo ¿eh?

—Sí... sí...

Y la conversación continuó, desinteresada en apariencia, a través de los lugares comunes, preliminares obligados de toda transacción.

—¿Y tu caballo overo, Piedrache?

—Lo he vendido.

—¡Ah!

—¿Pensabas comprarlo?

—¿Yo? No. Pero por ahí anda un inglés que busca uno... para formar yunta con otro de igual pelo.

—¿Hasta cuánto pagaría?—preguntó Piedrache, en cuyo espíritu acaba de surgir una idea.

—Creo que daría hasta cuatrocientos... tal vez quinientos pesos. Parece que está encaprichado.

—¿Dónde está el inglés?

—¿Para qué quieres saberlo si ya no tienes tu caballo?

—Puedo conseguir otro.

—No es cierto: no había más que el tuyo en la feria.

—No te ocupes de eso. ¿Puedes traerme a tu inglés aquí dentro de media hora?

—Sí.

—¡No vayas a faltar! Tendrás una buena comisión.

—Cuenta conmigo.

—Vengan los dos dentro de media hora.

—Convenido.

En seguida Piedrache recorrió la feria en busca de Saturnino, ante el cual desplegó todos los recursos de su ingenio y de su astucia para comprarle el caballo que le había vendido momentos antes. Por fin el parisiense consintió en cederle el animal por ciento cincuenta pesos. Con el caballo a la zaga Piedrache se trasladó al sitio donde había dado cita a Maflu, esperando burlar al inglés como había burlado al parisiense.

Instantes después se presenta Maflu acompañado por Saturnino, quien, al ver el caballo, exclama en un francés pronunciado a la londinense:

—¡Oh, no!... ya conozco ese animal... no lo quiero... es un caballo que cojea...

Y dándose vuelta se retira tranquilamente, dejando a Piedrache con la boca abierta de asombro, sin acertar si el parisiense era un inglés o el inglés un parisiense, pero convencido en todo caso de que había perdido cincuenta pesos. Entre tanto Maflu, con aire inocente, aparentaba no comprender lo que sucedía.

E. RELCY.

LA FAMILIA AUMENTA ESTE AÑO



Los mellizos Victoria y Paz (De ''Life'').

Artistas norteamericanas





ALICIA JOYCE



LILLIAN WALKER



INÉS AYRES

Representación argentina en el Congreso Socialista Internacional de Lausanne (Suiza)



El diputado nacional, doctor Antonio de Tomaso (x) acompañado de un grupo de correligionarios y amigos que fueron a despedirle en el acto de su partida para Europa, hacia donde se dirige a bordo del vapor "Highland Rover", que zarpó de La Plata el día dos del corriente. El doctor de Tomaso, en unión del doctor Justo, tomará parte en el Congreso Socialista Internacional, que habrá de realizarse en Laussane (Suiza), ostentando ambos el carácter de delegados argentinos

Asociación Española de Socorros Mutuos



Aspecto que ofrecía el salón de conferencias de dicha institución, durante la fiesta realizada el seis del actual, con motivo de la festividad de Reyes, acto al cual concurrió gran número de familias.

Universidad Nacional de La Plata



Primer curso de química tecnológica (industrial) dictado en el país. Profesor y alumnos del mismo. De izquierda a derecha, sentados: E. Bassi, J. Pestana, profesor doctor A. Sánchez Díaz, A. Manini.—De pie, primera fila: M. O. Gauna, M. L. Membrillera, M. U. Barraza, C. Pellegrini, E. Mercerat, Dra. C. E. Spegazzini, C. Schmidt, Zelman Weinstock.—Segunda fila: D. Martínez Graells, A. Pestana, F. F. Falco, A. M. Orfila Reynal y D. Corti.

Banquete a los canillitas



Comida con que el niño Valentín Santa María obsequió a los vendedores de diarios de Belgrano, Saavedra y Villa Urquiza, festejando el día de Reyes. El acto se realizó el lunes de la semana anterior en los salones de la subintendencia municipal de Belgrano.

ROOSEVELT

Recuerdos de su estada en la Argentina



En Buenos Aires, dirigiendo la palabra al público, desde su automóvil, frente a la legación de los Estados Unidos.



Roosevelt acompañado del coronel Martínez Urquiza y otros jefes argentinos



Durante su viaje a Rosario de Santa Fe, dirigiéndose a la Municipalidad, en unión del gobernador doctor Menchaca.



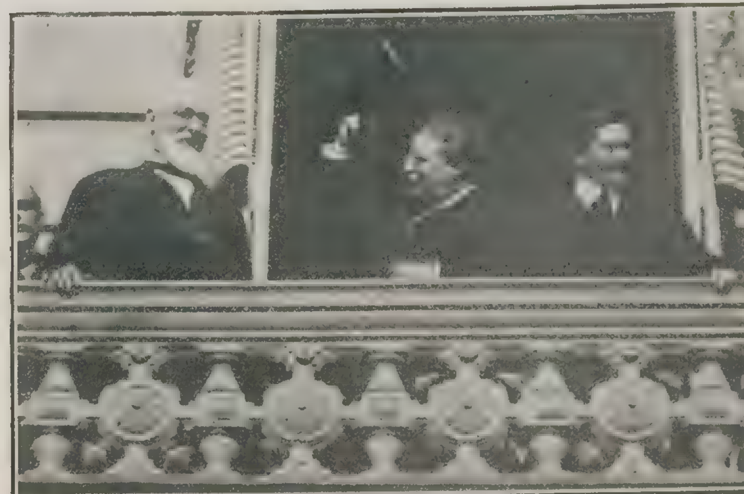
En el jardín zoológico de la capital. Aceptando un mate que le ofrece una india araucana de la "tribu del cacique Onelli".



En la tribuna oficial del Hipódromo Argentino.

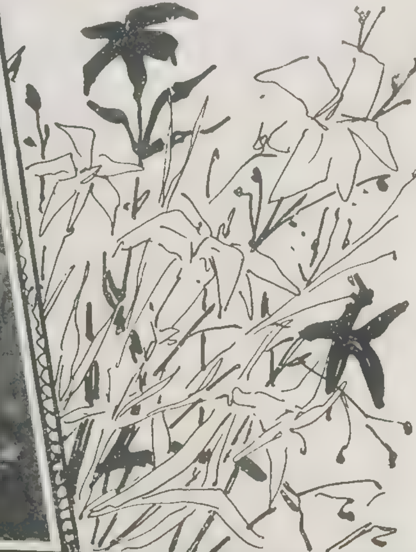


Conversando con el doctor Frers, en la estación del Ferrocarril Pacífico, momentos antes de partir a Chile.



En los balcones del Consejo Nacional de Educación, con los doctores Pedro N. Arata y Carlos Ibarguren, presenciando un desfile escolar.

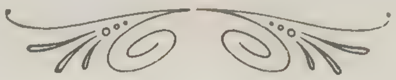







TERESITA FLORES

Tonadillera española llena de alma y guapeza. Es Teresita Flores artista de corazón y sus canciones y tonadillas adquieren el vigor de la realidad porque en ellas pone su alma de artista y su gracia expresiva y fácil. El aplauso del público, cuando se presenta ante él, lujosa y elegante, contiene el mejor elogio que se puede hacer de esta graciosa artista que, por su indiscutible mérito, ha sabido conquistarse un primer puesto en el género de variedades.



Paisajes Andinos



Cascada del río Atuel, al caer este en la laguna del mismo nombre.



Sport: la caza del guanaco.



Paso sobre la laguna Atuel, situado a 3094 metros.



Fot. Mr. Kimball.

Un descanso.



ECOS DE LA GUERRA



La primera operación a que se somete a los prisioneros alemanes: el registro. En esta forma se ha obtenido mucha información de valor militar. Los prisioneros que aparecen en esta fotografía fueron tomados por los canadienses en Cambrai poco antes del armisticio.



El último retrato del Emperador Carlos de Austria. Fué tomado días antes de que huyera de Viena.

"Fray Mocho", emisario de Melchor, Gaspar y Baltasar



La misma generosa mano anónima que el año pasado condujera los Reyes Magos hasta esta casa, con propósito de hacer un poco más justo el reparto de sus dones, vuelve a poner a nuestro alcance un pintoresco stock de juguetes, algunos de los cuales reproduce la fotografía, destinados a llevar un rayo de felicidad a aquellas almitas infantiles, para quienes la fortuna sólo tuvo dolorosas esquiveces.

PALMÍPEDOS CONOCIDOS



El sexteto de gansos que patrulla por los dominios del Parque Lezama.

Nuevos profesores egresados de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata



Señorita María Teresa Luraghi, doctora en Ciencias de la Educación; Señorita Emilia Bassi, (Química); señorita Teresa E. Puciarelli (Pedagogía y ciencias afines); señorita Ema Laffite (Pedagogía y ciencias afines); señorita Rogelia C. Durán (Pedagogía y ciencias afines); señorita María Esther Módena (Pedagogía y ciencias afines); señorita María Celia Heredia (Pedagogía y ciencias afines); señorita María Luisa Gogorza (Pedagogía y ciencias afines); señorita María Elena Wynne (Pedagogía y ciencias afines; señorita Irma E. Enrico (Pedagogía y ciencias afines); señorita María Luisa Membrillera (Química); señorita Carmen Fernández (Pedagogía y ciencias afines); señorita María Ofelia Gauna (Pedagogía y ciencias afines); señorita María Angélica Villa (Matemáticas y física); señorita Julia Lambruschini (Pedagogía y ciencias afines); señorita Angela D'Elía (Pedagogía y ciencias afines); señorita Adela Burquet (Pedagogía y ciencias afines); señorita Celia Ortiz Arigos (Pedagogía y ciencias afines); señorita Margarita L. Maffei (Pedagogía y ciencias afines); señorita Aída M. Marchiano (Pedagogía y ciencias afines); señor Héctor M. Enz (Historia Argentina y ciencias jurídicas y sociales); señor I. L. González Zimmermann (Doctor en ciencias de la educación); señor Luis E. Caselli (Historia e instituciones del derecho); señor David Kraiselburg (Historia y geografía); señor Walter Elena (Pedagogía y ciencias afines); señor Calixto E. Salas (Pedagogía y ciencias afines); señor Pedro A. Sánchez (Historia argentina); señor Juan Mantovani (Pedagogía y ciencias afines); señor Carlos A. Ballina Benites (Historia argentina e instituciones jurídicas y sociales); señor Jorge Montoya (Historia argentina e instituciones jurídicas y sociales); señor Lucio J. Florio (Pedagogía y ciencias afines); señor Jacinto Cavenaghi (Historia argentina y ciencias jurídicas y sociales).

CONFERENCIA SIONISTA



Parte del público que asistió a la conferencia auspiciada por la Federación Sionista Argentina, que el doctor B. Spstein, pronunció el martes de la semana anterior, en el salón Príncipe Jorge, calle Sarmiento, 1230.

CONFRATERNIDAD ARGENTINO - URUGUAYA



Como un acto de confraternidad, la Sociedad Luz organizó una excursión a la capital montevideana, jira que tuvo efecto recientemente. Varios de los excursionistas a bordo del vapor "Wáshington", donde se realizó el paseo, momentos antes de zarpar el buque.

Notas femeninas — Toilettes para novias.

Poco a poco la gran sencillez que presidía a un casamiento tanto para la toilette de la novia como para la ceremonia, va desapareciendo.

Creo, amables lectoras mías, que no hay que lamentarlo; desde el momento que está una decidida al casamiento no queda más que festejar lo mejor posible este bendito día que os dejará para siempre agradables e inolvidables recuerdos, suceda lo que suceda. Pero como tan sólo me concierne la cuestión toilette, os diré sencillamente que apruebo y aplaudo a la niña que en ese día quiere ser linda, muy bella y elegante en su blanca parure.

Con la moda de la falda corta y la sencillez exagerada de los trajes, las jóvenes desposadas tenían, la más de las veces, cierto aire de niñas endomingadas, lo que era deplorable. Pero hay que cuidar de no caer en las exageraciones contrarias y adoptar toilettes complicadas con exceso de adornos o bien por demás teatro u operetas cómicas! no, por Dios, pues existe un justo medio que tenemos obligación de emplear.

En primer lugar hay que elegir un traje flexible y sedoso que rara vez se lleva para la ciudad si no es para una fiesta cualquiera y de noche, como por ejemplo, el satin Windsor, el crêpe de Chine, voile Ninón o muselina de seda. Si por una feliz casualidad tenéis en vuestra familia o la de vuestro novio encajes legítimos, no titubeéis ni un solo momento en lucirlos, pues no conozco nada ni hay nada que pueda igualarles. Únicamente tendréis entonces que igualar lo más posible el color blanco del género con el color de los encajes.

También hay que guardarse de no llevar la falda demasiado corta, y aconsejo por ser más elegante y estética la cola independiente que sale de la espalda como una especie de ancho pliegue.

En cuanto al velo, sigue llevándose indefinidamente corto o largo, siendo casi siempre echado hacia atrás, despejando por completo el rostro. Algunas lo llevan colocado como las enfermeras o bien como las religiosas, simplemente recogido a cada costado por medio de un grueso alfiler de perla fina.

Las medias son de seda de buena calidad, algo tupidas pero nunca transparentes. Los zapatos escotados serán, siempre que se pueda, hechos con el mismo tejido del traje y adornados con moños chatos, motivos perlados o bordados.

Como bajos o ropa interior les diré que deberá ser de lo mejor pero sencillo, tal como se lleva actualmente. La combinación, enagua o viso, será en crêpe de Chine o en voile Ninon, bien todo en uno de ellos o los dos tejidos combinados adornados con bordados de seda.

Ahora pasemos a examinar los detalles de nuestros cuatro modelos de toilettes de novia.

El primero tiene un angosto fourreau de pongé donde van montados tres velados de muselina de seda con picots a la orilla. El primero de arriba tiene un ancho entredós de encaje. El cuerpo es en satin Windsor, ligeramente drapeado al talle, teniendo la espalda derecha y el delantero ampliamente escotado sobre una guimpe de muselina y encaje. El drapeado del satin es fruncido adelante y sostenido con un ramo combinado de flor del lirio y azahares. El velo es de tul, bajando muy bajo sobre la frente, drapeado a los costados y luciendo dos lirios colocados un poco adelante sobre las orejas.

Muy juvenil es el segundo modelo, siendo de hechura derecha que tanto amamos. El tejido es un voile Ninón enteramente plegado con una gran collerette de tul plegado alrededor del escote redondo. Las mangas son souples simplemente, apretadas al puño por medio de una cinta plateada retenida por una rosa de seda. El cinturón es suelto en cinta de plata cruzado adelante, pero un poco de costado, bajo un ramo de rosas y azahares. El bajo del delantero de la falda va adornado con un bordado de hilos de plata. El velo es sostenido por una corona de hojas plateadas y tiene un ligero bordado todo alrededor.

Sólo una niña que sea bien formada, puede llevar con gracia el tercer modelo. El cuerpo es largo en satin blanco, y moldea el busto, cruzado adelante y ligeramente drapeado, formando un cinturón que mantiene la amplitud de la espalda. Este último, al hilo, se recoge por dos veces formando dos anchas cocas, y cuya caída será la cola. Una guía de flores de seda contorna el escote. La falda es muy flone, en muselina de seda fruncida sobre un fondo de seda angosto y un poco corto.

Las que no gustan de la originalidad de este ablusado de falda, pueden hacerla de modo que la muselina de seda caiga derecha, pero entonces se le quita toda su gracia.



El último modelo es en satin Windsor nieve. Una fina guía de flores de azahar aprisiona el talle encuadrando el panneau delantero.

El escote es redondo. La cola es formada por una banda de satin al hilo que sale del escote. Velo de tul ilusión caído sobre los ojos y sujetos a los costados con dos lirios y botoncitos de azahares.

A. de DAUMONT.

Cuidado y conservación del cutis

Pocas personas poseen un hermoso cutis, debido al poco cuidado que se tiene y principalmente por el abuso de cremas y polvos ordinarios.

Con un poco de cuidado se podrá llegar a una avanzada edad con el cutis fresco y sano.

Ante todo se observará mucha limpieza, se lavará todas las noches con agua tibia al acostarse, para sacar todo el polvo que se adhiere al cutis durante el día.

He aquí unas cuantas recetas prácticas y sencillas:

Para las personas que tienen la piel estropeada, quemada por los polvos de arroz o cosméticos a base de bismuto, la siguiente preparación es incomparable para renacer la frescura de la juventud y dejar la piel aterciopelada:

Flores de ozoin. . . . . . 60 gramos
Tintura de benjuí . . . . 3 ½ „
Agua de rosas . . . . . . 60 „
Agua de azahar, una cucharada grande.

Esta agua se hará preparar por un farmacéutico.

Se empleará del siguiente modo:

Aplicar esta preparación, noche y mañana con una esponjita o una franela, y dejarla secar por sí sola.



Cold cream

Aceite almendras dulces 30 gramos
Cera virgen . . . . . . 8 „
Blanco de belladona. . 8 „

Se funde todo al baño maría; se retira, y, cuando la mezcla esté tibia, se añade 125 gramos de agua de rosas.

Colorete líquido

Échese en una botella de litro: Carmín, 10 gramos; Amoníaco, 20 gramos. Déjese durante treinta y seis horas, moviendo la botella de vez en cuando. Luego añádase: Agua de rosas, dos tercios de litro; esencia triple de rosas, 20 gramos. Mézclase bien y déjese en reposo una semana.

Para los guantes y el pañuelo

Para los guantes se usará esencia de sándalo, y para los pañuelos, los polvos de iris con los mejores.

Blanquete líquido

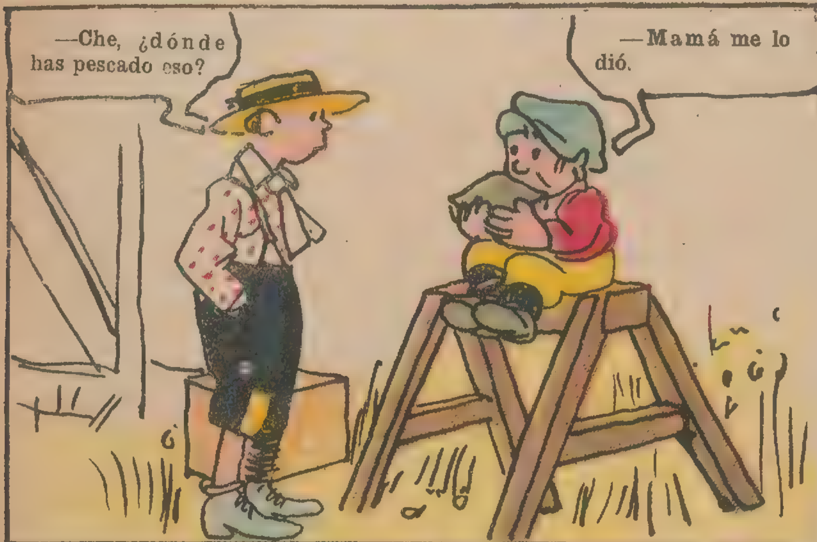
Agua de rosas, ¼ litro; glicerina, 3 gramos; nitrato de bismuto bárico, 125 gramos.



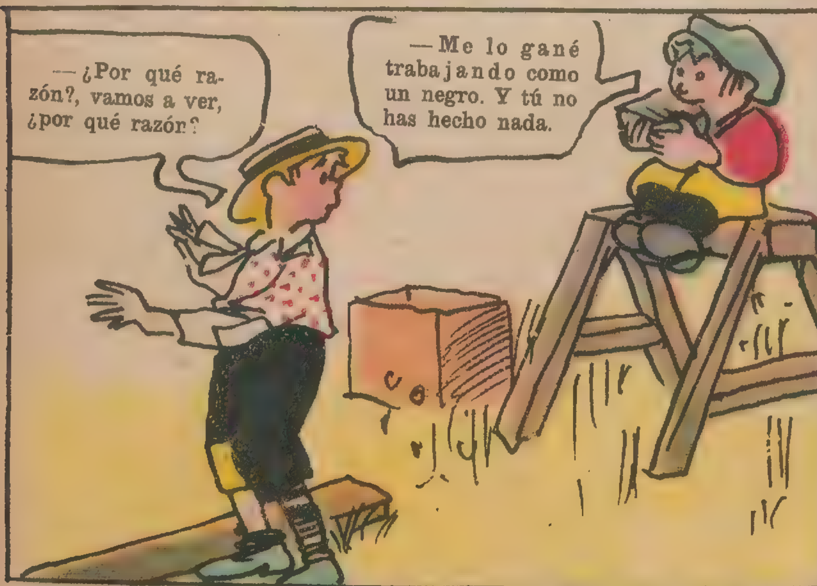
PAGINA INFANTIL. -- Los hermanos Paciencia.

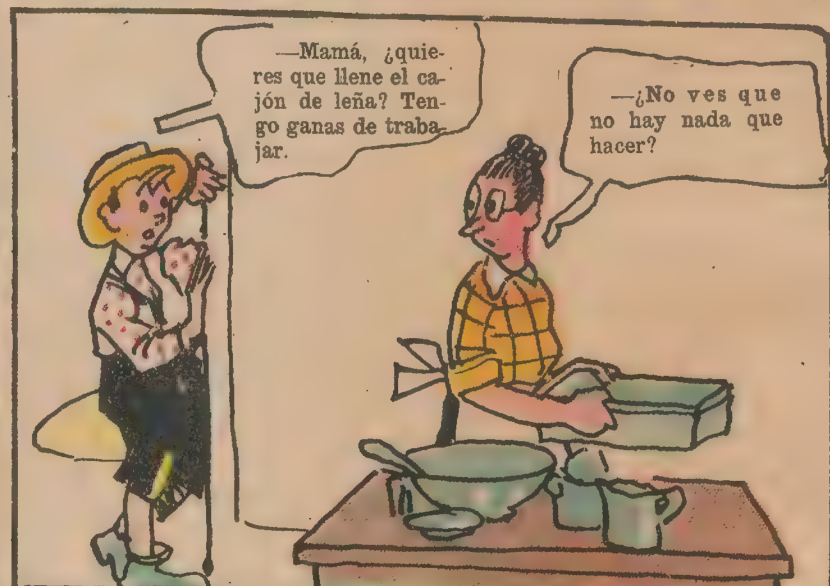
















Enfermo de **HEMORROIDES**, no puede Vd. marchar.

¿Sus hemorroides procidentes le impiden caminar y atender sus obligaciones, por el gran dolor que le ocasionan, con el menor movimiento? No cuesta un esfuerzo el comprender que esas masas inflamadas no le permiten marchar a voluntad.

El menor roce y todo movimiento, por poco bruscos que sean, lo desesperan y usted cree no poder combatirlas sin una operación.

Y no es así: hay remedios capaces de reducir esa inflamación.

Las hemorroides son producidas por una ingurgitación de los plexos venosos hemorroidarios, llamándose de esta manera a una red de venas que tapizan la última porción del intestino.

Cuando estas venas se dilatan y llenan de sangre, inflaman la mucosa del recto y la hacen salir fuera del ano, produciendo, al par que dolores, la dificultad de la emisión de las materias fecales.

Todo esto a usted lo hace creer más enfermo de lo que en realidad está, pudiendo combatirlo muy fácilmente.

El **"NORIDAL"**, lo sacará a usted del apuro. Su composición hace que se descongestionen las venas y disminuyan inmediatamente sus dolores, calmándolo por completo.

Su acción se prolonga largo tiempo y repitiéndola usted se curará.

Su envase especial consta de una cánula, con orificios laterales, que harán la distribución del medicamento, con la mayor asepsia posible y evitará la contaminación producida muchas veces por dedos descuidados y poco limpios.

¡USE Vd. NORIDAL!

Haga estudiar la fórmula con su médico y él mismo se la recomendará.

ÚNICOS CONCESIONARIOS

MENDEL & C^IA

BOLÍVAR, 879 — **Buenos Aires**

LA VALENTÍA DE LOS CAZADORES



Si la liebre fuera grande como el hombre.

LA SUCCION DE LOS BARCOS

Con la enorme masa de los transatlánticos modernos se ha puesto más que nunca a la orden del día la cuestión de la succión.

En el momento de emprender el "Titanic" su viaje fatal atrajo tan violentamente hacia sí otro transatlántico amarrado a poca distancia que se rompieron los cables que amarraban a este último. Poco tiempo antes, en el estrecho del Solent, el "Olimpic" atrajo al crucero "Hawke" causándole graves averías. Este accidente motivó un proceso y para poner el caso en claro los jueces sirviéronse de modelos reducidos flotando en una vasta curva.

Los experimentos han sido repetidos por los peritos navales Mr. Gibson y Mr. Thompson, los cuales renunciando a los modelos pequeños, han empleado un yate de vapor de 30 metros de largo y una lancha de motor de petróleo de 9.65 metros.

Dejando un lado la parte técnica de los experimentos, resulta que cuanto mayor es la diferencia de la marcha de dos barcos es menor el peligro de colisión, porque dicha diferencia reduce el tiempo de las fuerzas de succión. El peligro disminuye aún más si el más rápido es el barco pequeño. Toda tentativa del barco grande para pasar al barco pequeño, aumentando la velocidad, aumenta las probabilidades de colisión.

El conjunto de observaciones hechas por los experimentadores prueba que cuando las circunstancias se prestan, la succión o inter-acción constituye un peligro real y grave para la navegación, aun en alta mar y en aguas profundas.

¡OH, LA ARDIENTE IMAGINACIÓN!



Cómo se imaginó la procedencia de un ruido entre los árboles. Y lo que era realmente.

Consejos prácticos de jardinería y horticultura

LOS ABONOS QUIMICOS

Los abonos y fertilizantes que se encuentra en el comercio son por lo general muy caros y por otra parte, al emplearlos uno no sabe exactamente si son los que más convienen para tal o cual cultivo ni se puede modicar las fórmulas. Es, pues, preferible prepararlos uno mismo adquiriendo por separado los productos químicos y emplear alguna de las recetas siguientes, según la que en cada caso convenga, como está indicado.

Abono Petermann para plantas de flores en macetas.—Mézclese las siguientes sales bien pulverizadas: sulfato de amoníaco, 100 gramos; nitrato de amoníaco, 100 gramos; nitrato de potasa, 400 gramos; fosfato de potasa, 400 gramos. La mezcla se emplea en solución en agua a razón de 1 gramo en cada litro de agua. Con esta solución se regará la tierra de las macetas una vez por semana; los demás días se empleará para el riego agua ordinaria.

Fórmula Grandeau.—Se trata de un abono líquido empleado en riegos y compuesto de cinco gramos de la mezcla siguiente disueltos en un litro de agua: nitrato de cal, 100 gramos; nitrato de potasa, 25 gramos; fosfato de potasa, 25 gramos; sulfato de magnesia, 25 gramos. Se riega con este líquido solamente una vez por mes, humedeciendo la tierra, sin tocar con el líquido las hojas de las plantas.

Abono completo simple.—Se lo prepara mezclando partes iguales de salitre y de superfosfato. Se aumenta la parte de salitre hasta el doble si se quiere obtener una vegetación de mucho follaje.

Abono Wagner.—El agrónomo Wagner emplea desde hace años con mucho éxito práctico, la siguiente fórmula: nitrato de potasa, 45 gramos; nitrato de amoníaco, 30 gramos; fosfato, 25 gramos. Se desparrama la mezcla, bien pulverizada en la superficie de la tierra de las macetas, en pequeña cantidad, es decir, en dosis aproximadas a éstas: para una maceta de 12 centímetros de diámetro superior, 1 gramo; para una maceta de 15 centímetros, 2 ramos; para una de 20 centímetros, 4 gramos y para una de 25 centímetros de diámetro, 8 gramos. En seguida se riega para que el agua disuelva las sales. Este abono se puede aplicar una vez por mes, durante la primavera.

Abono para los rosales. — Póngase hollín en una bolsita y déjese ésta en un balde de agua durante varios días. Cuando el agua haya adquirido un color de vino seco, se la verterá alrededor del tallo de los rosales, después de haber removido un poco la tierra. Puede echarse este abono en la cantidad que se quiera: su abundancia no perjudica a las plantas. El mejor tiempo para aplicarlo es el que precede a aquel en que la planta empieza a dar hojas nuevas.

Para plantas de flores.—Moler y mezclar bien, tamizando: nitrato de potasa, 20 gramos; fosfato de potasa, 25 gramos; nitrato de amoníaco, 35 gramos; sulfato de cal, 10 gramos. Cuando se quiere obtener abundancia de flores en vez de follaje, se suprime el nitrato de amoníaco. Se aplica más o menos como el abono Wagner.

Abonos para la huerta.—Las siguientes fórmulas convienen a los terrenos que ya han recibido un medio abono de estiércol. Todas las cantidades indicadas son para una extensión de una hectárea, de manera que deben ser reducidas en proporción para los terrenos de menores dimensiones.

Para el cultivo del melón.—Se mezcla: nitrato de potasa, 250 kilos; superfosfato a 18-20 por 100, 500 kilos; yeso 400 kilos.

Para coles.—Emplear antes del trasplante: nitrato de soda, 300 kilos; cloruro de potasio, 300 kilos; superfosfato, 300 kilos; yeso, 400 kilos.

Para tomate y berenjena.—Nitrato de soda, 250 kilos; cloruro de potasio, 150 kilos; superfosfato a 18-20 %, 400 kilos; yeso, 400 kilos. Se desparrama el superfosfato y el cloruro antes del trasplante y el nitrato 15 ó 20 días después.

Para porotos y habas.—Desparramar en la tierra días antes de la siembra: nitrato de potasa, 100 kilos; superfosfato, 300 kilos; cloruro de potasio, 100 kilos.

Para espinaca, acedera, lechuga.—Emplear antes de sembrar o de trasplantar: nitrato de soda, 150 kilos; cloruro de potasio, 200 kilos; superfosfato, 400 kilos; yeso, 400 kilos.

Para fresas. — El abono completo puede ser compuesto de estiércol, 15 mil kilos; sulfato de potasa, 200 kilos; superfosfato, 400 kilos; yeso, 400 kilos.

Para papas.—Nitrato de soda, 350 kilos; cloruro de potasio, 300 kilos; superfosfato, 600 kilos; yeso, 400 kilos.

Nota importante.—Conviene enviar una muestra de la tierra a la oficina correspondiente del Ministerio de Agricultura solicitando informe sobre su composición, pues hay tierras que no necesitan que se les proporcione yeso como abono. Por otra parte se puede determinar, aproximadamente, cuál es el abono que el suelo necesita efectuando el experimento siguiente: En un rincón de la huerta, cuya tierra parezca de composición uniforme, se reserva cinco pequeños espacios, de superficie igual e igualmente abrigados en los cuales se siembra, por ejemplo, papas Early. Se desparrama entonces en cada terrenito de experimento, menos en el quinto que sirve como "testigo", las siguientes dosis de abonos, indicadas en gramos:

	1	2	3	4
Nitrato de soda..	200	200	200	
Superfosfato	300	300	—	200
Sulfato de potasa.	250	—	250	250

Según podrá observarse, en cada una de las parcelas de terreno sometidas al ensayo falta aplicar una clase de abono; en consecuencia, será operación fácil el comprobar después, cuál es el fertilizante más necesario, con solo pesar separadamente los productos obtenidos en la cosecha, comprobación que deberá realizarse con el mayor cuidado, para obtener datos definitivos perfectamente exactos.

Afortunadamente, estos abonos químicos no son de urgente aplicación en gran parte de nuestros campos donde hay tanto terreno sin cultivo que sería naturalmente fértil, pero el valor, tan elevado como injustificado que han adquirido últimamente los campos de labranza, hace pensar en la posibilidad de tener que emplear abonos químicos para transformar terrenos ingratos, — ya que los buenos son robados al trabajo por la especulación, — y en sostener, a base de abonos, la vitalidad de terrenos cansados, sobre todo en los alrededores de la capital.

Overland
TRADE MARK REG.

$4000 m/n.

ESTILO, CONFORT y ECONOMÍA

son los rasgos característicos de todos los Modelos OVERLAND, y que se destacan en el Modelo 90, el cual indiscutiblemente es el mejor coche de su precio.

Cuatro Cilindros - Cinco Asientos
Arranque y Alumbrado Eléctrico
:: Magneto de Alta Tensión ::



"Modelo 90"

P. A. HARDCASTLE
Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

PROGRAMITA DE PAZ





RAPPORTEZ!!



RÉPAREZ!!



REMBOURSEZ!!

¡Devuelva! ¡Restaure! ¡Reembolse!

(De "Le Rire").

Un hecho y un dicho de Wilson

El actual presidente de los Estados Unidos es un hombre muy diferente de todos los que desde algunos años a esta parte vienen precediéndole en la Casa Blanca. Su carácter, como su *figura*, son más bien los de un estadista inglés que los de un político yanqui. Director de la Universidad de Princeton, gobernador luego de Nueva-Jersey, puesto que debió a su seriedad y honradez, en su historia no hay esas aventuras pintorescas ni esas proezas de novela que han hecho populares a algunos de sus antecesores. Es un hombre de pasado sencillo y laborioso, de quien hace diez años no se hablaba más que en el mundo universitario.

Hace años, en plena campaña electoral, Teodoro Roosevelt, el hombre cuya muerte llora actualmente su patria, se enorgullecía de haber conducido por sí mismo, durante una "tournée" de propaganda, el tren especial que le llevaba en compañía de sus partidarios más activos.

Al tener noticia de las aclamaciones con que "Teddy" había sido recibido por sus partidarios al llegar a distintas poblaciones, Wilson decidió mostrar a sus amigos que no es necesario haber sido coronel de voluntarios para saber manejar una locomotora. Habiendo pagado él también un tren especial, tomó el puesto del maquinista y consiguió llevar su máquina a una velocidad mucho mayor que la de Roosevelt. Y, lo que es más importante, hizo todo el recorrido sin un solo tropiezo, mientras que el terrible "Teddy", por una falsa maniobra, hizo sufrir a su tren un choque sumamente desagradable para los viajeros.

Wilson difiere especialmente de Roosevelt y de Taft en su oratoria. No tiene la virulenta elocuencia que tenía aquél ni la charla campechana de éste. Es un verdadero prosista, de estilo armonioso y elegante. También tiene algo de poeta y por cierto que en uno de sus versos habla de sí mismo en estos términos:

"For beauty I am not a star.
There are others handsomer by far,
But my face—I don't mind it,
For I am behind it.
'This the people in front that I jar".

(En cuanto a belleza no soy ninguna estrella. Hay otros muchos más hermosos que yo; pero no me preocupo de mi cara, porque yo estoy detrás de ella. La gente que hay delante es la que yo discuto).

La memoria de los difuntos protegida

En Francia, como en los Estados Unidos—donde un socialista fué sentenciado a seis meses de cárcel por difamar a Wáshington—está legalmente protegida la memoria de los difuntos.

Dumas, padre, se vió sometido a dos acciones judiciales por difamar a personajes históricos. El marqués de Prefontaine se querelló judicialmente contra él por afirmar en "El camino de Varennes" que su abuelo había cerrado las puertas de su casa a Luis XVI y a María Antonieta cuando huyeron de París. El tribunal dictó sentencia ordenando que en el plazo de un mes apareciese una nueva edición del libro, afirmando que M. de Prefontaine dió asilo a los egregios fugitivos.

Posteriormente el marqués de Epinay St. Luc, demandó a Dumas, por referencias insultantes a Francisco de St. Luc en "La dama de Monsorsam". En este caso, se mantuvo el criterio de que habiendo transcurrido doscientos diez años desde la muerte de St. Luc, no había testimonios suficientes para esclarecer su reputación.

La ley austriaca protege también la memoria de las celebridades difuntas. Hace años fué condenada a tres meses de cárcel una señora vienesa, por difamar a María Teresa.

Los huérfanos australianos

En Australia puede decirse que no hay huérfanos, no porque allí no se mueran los padres, sino porque al morir éstos, el Estado se hace cargo de los hijos inmediatamente.

Los niños que se quedan sin padres son adoptados por el gobierno. A menos que algún pariente no manifieste deseo de asumir esta responsabilidad y demuestre que está en condiciones de cumplirla, el niño queda bajo la protección del Consejo de los Niños, el cual le busca casa entre los campesinos de la región, pero con mucho cuidado para que el niño esté bien. A veces se da el caso de cambiarle tres y cuatro veces de residencia hasta encontrarle un hogar adecuado.

Al cumplir los trece años, su tutor, el Estado, le pone a trabajar, generalmente a las órdenes de la misma familia que le ha cuidado, la cual le asigna un sueldo del que se guardan en la Caja de ahorros tres cuartas partes y el resto se le entrega al muchacho.

Los ahorros se le entregan, si es varón, cuando está en edad de tomar un modo de vivir o de hacer estudios más adelantados, y si es una niña cuando se casa.

EMPIECE MAÑANA Y CONTINUE TODAS LAS MAÑANAS

Adquiera la costumbre de tomar un vaso de agua caliente antes del desayuno.

No permanecemos mucho tiempo en este mundo, así, pues, hagamos nuestra estada agradable. Vivamos bien, comamos bien, trabajemos bien, durmamos bien y parezcamos bien. Cuán venturoso estado por alcanzar y, sin embargo, cuán fácil de conseguir con sólo que uno quiera adoptar el baño matinal interno.

Las personas acostumbradas a sentirse pesadas y enfadosas cuando se levantan, con fuertes dolores de cabeza, tapidos a causa de resfriados, con lengua saburrosa, aliento fétido y acedía pueden, por el contrario, sentirse frescos como una margarita, abriendo los canales del sistema todas las mañanas y eliminando la totalidad de la materia venenosa interna estancada.

Todo el mundo, ya sienta dolores, esté enfermo o esté bien, debería tomar todas las mañanas, antes del desayuno, un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone, para eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las substancias indigestas del día anterior, la bilis ácida y las toxinas venenosas, y así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago. La acción del agua caliente y del fosfato limestone sobre el estómago vacío es fortificante de modo maravilloso. Elimina las fermentaciones ácidas, los gases, desechos y acidez y da un espléndido apetito para el desayuno. Mientras usted está desayunándose, el agua y el fosfato están tranquilamente extrayendo un gran volumen de agua de la sangre y preparándose para hacer un lavatorio completo de todos los órganos internos.

A los millones de personas que padecen de estreñimiento, ataques biliosos, desarreglos del estómago, reumatismo, así como otros que tienen piel cetrina, desórdenes de la sangre y aspecto enfermizo, se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone. Esto les costará muy poco, pero es suficiente para hacer de cualquiera un notable maníaco respecto a la limpieza interior.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

Para informes: **L. F. MILANTA**

Rivadavia 1255 **Buenos Aires**

Literatura femenina

La original poetisa e incansable propagadora del credo socialista, señora Juana María Begino, acaba de dar una nueva prueba de sus actividades mentales, con la reciente publicación de un folleto titulado "La Mujer y el Socialismo", llegado hace poco a nuestras manos.

Como es de suponer, en la obrita que nos ocupa, y que consta de una 1 centena de bien escritas páginas, se concreta su autora a romper lanzas en pro de los derechos políticos de la mujer y de la elevación social del sexo, empleando para ello el estilo viril que caracteriza a su pluma y el claro intelecto que han hecho de su propia personalidad, el mejor exponente de la capacidad femenina que con tanto tesón defiende.

Casa Noé

Este importante establecimiento tiene, al iniciarse cada año, una amable preocupación: la de distribuir obsequios entre la numerosa clientela que ha sabido crearse.

Respondiendo a este propósito, nos llegan un almanaque, una medalla y un carnet para periodista, tres lindos regalos, de buen gusto que representan la gentil obsequiosidad de los remitentes.

Vayan hacia ellos nuestros más cordiales saludos y la expresión de nuestro agradecimiento.

Boletín del Centro Empleados de Comercio

A nuestra mesa de redacción llega el número 3 de ésta simpática publicación, que se edita en Buenos Aires.

El citado número contiene material interesante y seleccionado. Esto unido al buen papel e impresión que presentan sus páginas, le aseguran una rápida difusión, especialmente entre el importante gremio a que está dedicada dicha revista.

Casa Escasany

Esta importante institución comercial, nos envía un ejemplar del hermoso catálogo para el año 1919, que dicho establecimiento acaba de poner en circulación.

Impreso a todo lujo, en magnífico papel, el catálogo que nos ocupa constituye un verdadero primor de arte gráfico, tanto por la nitidez de sus grabados, como por la perfecta impresión que se advierte en sus páginas, en las cuales se ofrece cuanta variedad de modelos es capaz de crear el arte contemporáneo, en materia de joyería.

La casa Sucesión de Ricardo Radaelli, en cuyos talleres heliográficos se ha editado el mencionado catálogo, demuestra una vez más el grado de perfección que ha logrado alcanzar en trabajos de ésta índole.

GENTE DE TEATRO. — EL PONEY DE LOS AUTORES



Enrique García Velloso. Estatura: 1.359 milímetros. — Caricatura de A. Bermúdez Franco.

Martín Bassat Abreu

El enjambre obrero que labora en los talleres heliográficos de la sucesión Radaelli, acaba de perder un leal camarada y un benévolo jefe, con el prematuro fallecimiento de Martín Bassat Abreu, ocurrido el día cuatro del corriente mes.

Procedente de España, su país nativo, llegó a América cuando aun contaba muy poca edad, y realizando su aprendizaje en trabajos de tipografía, logró ir ascendiendo hasta ocupar el puesto de regente de dicha sección, en el establecimiento gráfico anteriormente mencionado, donde prestara sus servicios por espacio de casi un cuarto de siglo.

Nuestra larga actuación periodística, nos dió ocasión de conocer y tratar a Abreu, desde hace muchos años, y pudimos apreciar, bien de cerca, tanto la competencia profesional que siempre demostrara, como las excelentes condiciones de carácter con que se hallaba dotado.

Celoso cumplidor de sus deberes, al par que humorístico y afable en el trato, Abreu habíase captado generales simpatías entre sus compañeros, y particular estimación entre sus jefes.

Aquella corpulenta figura, de alma bonachona y carácter alegre, que tantas veces cruzara, vigilante, entre cajas y linotipos, desapareció para no volver jamás; pero en el ambiente que animen los talleres durante las horas de intensa labor, flotará, perdurable, la memoria del compañero que cayó en la lucha, y que supo dejar un grato recuerdo por sus bondades, y un bello ejemplo por su amor al trabajo.

El acto del sepelio, que se llevó a cabo en el cementerio del Oeste, testimonió las muchas simpatías y amistades con que contaba el extinto, puestas de manifiesto por la numerosa concurrencia que acompañó sus restos a la última morada.

¡Paz en su tumba!



¡Fifa la rofolución social über alles!

Las siluetas de sombra

El arte de proyectar siluetas de sombra sobre una superficie blanca es, indudablemente, el precursor del cinematógrafo. Las primeras siluetas fueron practicadas en Francia, y tomaron su nombre del ministro de finanzas en 1759. Por esa época se daba en público muy sencillos espectáculos de proyección de sombras, a las que se llamaba "chinescas", aunque fuera más apropiado llamarlas "sombras francesas". En el año 1870 un artista llamado Serafín estableció en Francia un teatrillo y ganó fama con sus exhibiciones de "sombras chinescas" que repitió en la corte para entretenimiento de los niños de la familia real. Pero en aquellos tiempos las "sombras chinescas" se obtenían por medio de cartones recortados y colocados delante de un foco de luz. Sólo mucho más tarde se generalizó el arte de obtenerlas con las manos, y sobre todo, con los dedos, doblados o puestos en diversas posiciones. Esta manera es la que todo el mundo conoce y que cualquier persona puede realizar, hasta conseguir cualquier silueta, por supuesto después de mucha práctica cuando trate de lograr un efecto nuevo. Nada hay más sencillo: basta colocar la mano delante de una luz fuerte, dispuesta de modo que su sombra, proyectada en la pared, dé una forma conocida. Como la mano no basta para conseguir algunos efectos, se la puede auxiliar con un cartón recortado convenientemente. Un "sombrólogo" inglés obtuvo últimamente algunas siluetas de "gente conocida".

Una ciudad española en Francia

Indudablemente, muchas personas ignoran que existe en Francia, enclavado en la Cerdaña, a pocas leguas de la frontera con España, un pequeño territorio, de unos quince kilómetros cuadrados, que pertenece a los españoles, y en el centro del cual, adosada a una pequeña colina, se alza una pintoresca villa de 1.200 habitantes, llamada Llivia.

En efecto, si se consulta cualquier diccionario geográfico español, se verá que aparece Llivia como villa con ayuntamiento del partido judicial de Puigcerdá, provincia de Gerona, diócesis de Urgel. El término comprende varios caseríos, confina por todas partes con territorio francés, y se comunica con Puigcerdá por la carretera que va a Lérida y atraviesa el río Segre sobre un puente que determina la línea divisoria.

El territorio de Llivia se encuentra enclavado en Francia por una interpretación algo extraña del tratado de los Pirineos del 7 de noviembre de 1659, que puso fin a la guerra entre Francia y España con el matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV.

Según dicha cláusula, España debía ceder a Francia treinta y tres pueblos de Cerdaña. Pero los plenipotenciarios españoles declararon que Llivia era villa y no pueblo, y por consecuencia no debía figurar entre las localidades que pasaban a poder de Francia. En cambio España se comprometía a no levantar fortificaciones.

Hace pocos años se habló en Francia de proponer a España la cesión de Llivia, aduciendo que sus habitantes son las primeras víctimas de esta situación ambigua, y que además de no ser útil el territorio a esta última nación, constituye el paraíso de los contrabandistas. Ignoramos qué habrá de cierto en ello, pero en realidad toda aquella parte de Cerdaña, así como el inmediato Rosellón, son países eminentemente españoles, aunque oficialmente pertenecen a los franceses.

El terreno de Llivia es parte montañoso y parte llano, y lo fertilizan varios riachuelos, además del Segre. Produce cereales, patatas, frutas y legumbres, cría ganados y fabrica tejidos de lana en medias, fajas, gorros, etc.

Por todo lo que acabamos de decir, se verá que es perfectamente posible veranear en Francia, sin salir de España.



—Es una pavada pagar dentista en estos tiempos de crisis.



—¿Y usted, por qué no me saluda?

—Me han dicho que no tengo que saludar a los oficiales con el cigarrillo en la boca.

Las primeras luchas subterráneas

Los primeros combates librados bajo tierra, de que se tienen noticias, fueron los que sostuvieron los Barceos contra los Persas, cuando éstos pusieron sitio a la ciudad de Barca, en la Libia.

Cuenta Herodoto que en el mencionado sitio, estuvieron los persas, durante nueve meses consecutivos, abriendo minas ocultas que llegaban hasta las mismas murallas de la ciudad atacada. Pero no les valió semejante ardid, porque un herrero iba descubriendo las minas a medida que éstas eran ejecutadas. Para tal fin hacía uso de un escudo de hierro, el cual era aplicado por la parte interior del muro. Cuando dicho aparato se adosaba a un lugar donde no se ejecutaba ningún trabajo subterráneo, permanecía en silencio; pero si se aplicaba coincidiendo con el sitio en que los enemigos abrían una mina, inmediatamente el bronce correspondía con su sonido a los golpes internos de los minadores, haciendo repercutir las vibraciones de los trabajos. Entonces los Barceos hacían una contramina en el lugar indicado y, sorprendiéndolos, mataban a los Persas en las entrañas de la tierra.

PAGINAS OLVIDADAS

Entre políticos chicos

(Cuadro de costumbres provincianas)

Dos amigos y camaradas de política sostenían este diálogo íntimo, cuando terció una voz que habló poco y dijo mucho.

—Yo necesito tener una banca en el congreso, hermano.

—¿Otra vez?

—Sí, yo necesito descansar.

—¿Y...?

—Necesito que me ayudes.

—Pero tú sabes que allá la situación no nos pertenece.

—Precisamente por eso te busco. Vamos a tumbarla.

—No me comprometo. Yo para hacerte senador la otra vez tuvimos que ir a la revolución, hicimos matar a tantos infelices, se perdió la cosecha por falta de brazos, se robaron los impuestos...

—¿Y qué te importa todo eso? Acaso vas a perder algo de lo tuyo. Ya sabes que en triunfando nosotros, no te irá mal.

— Y con qué cuentas para dar el golpe?

—¿Y con qué se va a defender el otro? No tiene más que la policía. Préstame cincuenta hombres y verás.

—¿Y armas?

—Tengo todo, gente es lo que me falta. Hasta el manifiesto lo tengo impreso. A ver que te parece.

Al pueblo de la provincia

Cuando los gobernantes se hacen indignos de la confianza que el pueblo ha depositado en sus manos al confiarles la dirección de sus elevados intereses, torna la soberanía a su fuente originaria, y el pueblo soberano los derroca de las alturas del poder para ejemplo de moral política y de cívico esfuerzo. Por eso este pueblo se levanta como un solo hombre...

—¡Ah! pero es el mismo de la otra vez.

—No señor, si lo he variado, en este es el pueblo el que habla, en el otro era el partido.

—Que quieres, no me animo, francamente. Los ministros son amigos míos, y después de todo yo le prometí a Pompeyo que no le haría oposición cuando él fuese gobierno, como él decía.

—Sí, fiate mucho, tan bien que habla de "vos" Pompeyo.

—Son cuentos de aldea. Lo que más me acobarda es que me hiciste matar mucha gente la vez pasada. Mataron al pobre Mariano, criado en casa, que tanto le queríamos; mataron a Pepe el manco...

—Un cuatrero.

—Pero que prestaba grandes servicios al establecimiento. Mataron al capataz, que era el único sostén de su familia; al otro muchacho que le decían tambor—ahí anda la pobre madre pidiendo limosna desde entonces. —Luego carnearon muchas vacas a los "gringos". Es un trastorno muy grande yo no me meto, ya te digo.

—Qué trastorno ni qué trastorno; no seas pavo. Los grandes se comen a los chicos. Vamos a meterle, no más. ¡A medias! Vamos a medias en todo.

—¿Y la intervención?...

-No repondrá, tengo mayoría.

—¿Pero a Pompeyo no le harán nada? No sea el diablo que fuesen a matarlo ¡pobre!

—¡Oh! ¿y qué hay con eso? Si se pone.

No, es que también él es muy capaz de hacerte matar primero.

—¡No seas bárbaro! ¡Eso sería un salvajismo!

Una voz

Tienes razón ¡salteador de gobiernos! deberían matarte con cultura, por honor del país.

Barón de ARRIBA.

Riñas de animales

La primavera es la estación en que riñen todos los animales. Por lo general, estas riñas tienen por único motivo diferencias de opinión en asuntos amorosos; pero algunas especies de irracionales las llevan a efecto de modo tal, que se diría que las tomaban por diversión. Hay, en efecto, animales para quienes el boxeo y el jiujitsu parecen no tener secretos.

Tales son, entre otros, las liebres. Porque estos roedores, pese a su timidez, son entre ellos tan reñidores como un calavera de las comedias de capa y espada. Sus duelos, claro está, no pueden presenciarse de cerca; pero si se sale al campo con unos buenos gemelos o un anteojo de campaña, no es difícil ser testigo de tan curiosa escena. Para reñir, pónense las liebres en dos pies, y con los anteriores boxean enteramente como dos profesionales en este género de lucha. Cuando una de las luchadoras sale vencida, otra liebre ocupa su lugar, y así continúan el combate, hasta que uno de los animalitos resulta vencedor de todos sus compañeros.

Los conejos también pelean así, pero, a diferencia de sus veloces parientes las liebres, prefieren luchar durante la noche, de modo que es muy difícil, por no decir imposible, verlos ocupados en ello. Cuando se encuentran en el campo, en las mañanas de primavera, mechones de pelo de conejo, es indicio seguro de que la noche anterior ha habido allí un duelo entre dos de estos animales, a no dudar motivado por los atractivos de alguna coneja más o menos coqueta.

Las luchas que sostienen los ciervos por la jefatura de un rebaño de ciervas, son verdaderamente terribles. Con sus enramadas astas aséstanse tremendos golpes, hiriéndose a veces mortalmente; y no es raro el caso de que, enredándoseles sus cuernas, queden dos de estos valientes de rodillas sobre el campo, testuz con testuz, sin poderse desunir, hasta que la escopeta de algún cazador se encarga de poner fin a situación tan desagradable.

También las ratas tienen sus disensiones, y saben ventilarlas a mordisco y arañazo limpios. Más de una vez se ven ratas con media cola de menos, o con las orejas taladradas con tanta regularidad como si hubiesen pasado por manos de un inspector del tranvía. Son consecuencias naturales de alguna riña de alcantarillas abajo. Las ratas, como las mujeres, no saben pelear sino chillando mucho; verdad es que sus afilados dientes excusan esta costumbre.

Entre las aves, los faisanes y las avutardas figuran en el número de las más belicosas. A fines del verano, los pollos de faisán que apenas tienen un año empiezan ya a ejercitar sus espolones para las luchas de la siguiente primavera.

Las perdices son igualmente reñidoras; pero es muy raro que en sus combates corra la sangre. No sucede lo mismo con los gorriones, que también riñen con frecuencia, y entre los cuales hay la costumbre de darse fuertes picotazos en el cráneo y sacarse los ojos. En los jardines y sobre los tejados, óyese a veces una atroz chillería de pájaros, que hace pensar si todo el mundo alado habrá perdido el seso. Son los gorriones, que están empeñados en tremendo combate, en el cual toman parte a veces centenares de estas al parecer inocentes avecillas.

"Vida del almirante don Cristóbal Colón"

por FERNANDO COLÓN, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA

En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: $ 2.50 M/N

En venta en las librerías de la Capital Federal

Los pedidos del Interior, acompañados de su importe deben ser dirigidos a

EDICIONES LEMARC

Montevideo 1088 Buenos Aires

Nuevo arte de reproducir dibujos

El procedimiento "grafítico" para reproducción de dibujos, últimamente introducido en las artes gráficas, se funda en la curiosa propiedad que adquiere la gelatina preparada con las sales de hierro. Esta se adhiere a una capa grasa de tinta sobre la que se aplica un papel especial de ferroprusiato que no haya recibido luz.

Los útiles para el trabajo son sencillísimos, consisten en una tabla pupitre, recubierta de cinc ordinario, un baño de maría para la gelatina, un tintero, etc. Se procede como cuando se hacen planchas de gelatina para las reproducciones al velógrafo. Se cuece, se cuela, se espuma y se extiende sobre el cinc dejándola enfriar, formando una capa de 0,06 de pulgada. Se prensa el dibujo sobre el papel al ferroprusiato, y sin humedecerlo se aplica sobre la gelatina cuidando que se adapte sin formar bolsas. Se retira después, se pasa el rodillo tintado, y se procede al tiraje de las pruebas, si sólo se trata de obtener la reproducción en un color. Es fácil obtener algo así como una cuatromía haciendo las planchas correspondientes. El trabajo es algo enojoso al principio hasta adquirir práctica, pero se logra preparando una plancha para cada color y superponiéndolas después para el tiraje como en la litografía.

La tinta que queda sobre las planchas debe limpiarse suavemente, en seguida, con agua y una esponja antes de que penetre demasiado en la pasta y la inutilice, fundiéndose con ella.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531-TUCUMAN-531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Belgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Fracturas - Luxaciones

Reumatismo

Kinesiterapia y masaje médico

Rodolfo Cocini

Gral. URQUIZA, 841 U.T. 2264, Mitre

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las Facultades de Boloña y Buenos Aires. Moreno 990. — U. T. 3699 (Libertad).

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266

BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	5.00			Semestre	6.00
Año	9.00	Semestre	4.00	Año	11.00
N.º suelto	20 cts.			N.º suelto	25 cts.
N.º atrasado	40 ..	Año	8.00	N.º atrasado	50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

NEREO

(Cuento criollo)

I

Hacia el oeste, trepaba la sierra levantando en crescendo sus enormes y sinuosas gibas pardas y violáceas, estrechamente ligadas entre sí, como si fuesen articulaciones del esqueleto de algún fabuloso monstruo, petrificado por el tiempo.

Enfrente de ella, a la parte de oriente, impenetrable y verde, extendíase la selva, nidal inmenso, donde entre aullidos y gorjeos, aromas y silbidos, bullía poderosa e indómita la vida.

Y en medio de ambas, costeando un arroyuelo, asfixiado por un compacto y tupido pajonal reseco, los prados de la estancia, las manadas, las tropillas, los rebaños, y más allá, en el fondo, casi recostados en la gran osamenta de piedra, los cuatro o seis edificios bajos y blancos del campestre establecimiento, que hubieran podido tomarse a la distancia por ovejas madres.

II

La tarde era sofocante.

Un sol sanguinolento, emparedado tras el plomo de las nubes, parecía hacer esfuerzos inauditos para fundir las moles de su cárcel y refulgir en libertad. Ni una hoja se movía en la selva, ni una caña en el pajonal, ni una onda en el arroyo. Un calor bochornoso emanaba de las cosas o las penetraba todas. De cuando en cuando zigzagueaba revoloteando al ras del suelo, sin fuerzas para más, algún pájaro osado, o interrumpía penosamente el silencio el balido lejano de alguna res.

Poco a poco fué haciendo eco a los melancólicos gritos del ganado, un sordo rugir lejano: alguien parpadeaba en las nubes.

De súbito arremolinóse el polvo del camino. El viento había roto sus cadenas, la polvareda danzaba como epiléptica corriendo sin cesar, levantándose y agachándose, envolviéndolo y arrollándolo todo.

El viento dió luego en pechar a las nubes, y unas con otras tomáronse a empellones. El rugido lejano fué rayo y trueno inmediato. Gruesas gotas de agua se desprendieron de la invisible red que las sostiene en el espacio y aplacaron la polvareda.

Un hálito de alivio y de salud emergió de los pulmones de la tierra. La selva empezó a agitar las hojas con fruición, abrió sus poros y bebió. Bebió y siguió bebiendo sin saciarse la fresca lluvia que redoblaba de bríos por instantes al par que el viento, que entusiasmado aullaba y vociferaba, cacheteando con sus mil brazos invisibles, los árboles, las peñas y las casas.

Tanto bebió la selva que se embriagó. Los árboles no podían ya con las cabezas, agitaban las ramas como locos; se entrelazaban, se doblaban, se erguían de improviso y volvíanse a doblar. El viento aprovechó la coyuntura y convirtiéndose en huracán furioso, tronchó gajos, quebró ramas y arrancó de cuajo los troncos que no habían ajustado bien sus tentáculos en las entrañas del suelo. Aquello fué una baraúnda sin nombre. Y el agua continuaba cayendo a cántaros. Rugían los truenos, cimbraba y crujía la selva dolorida; chirriaban y aleteaban millones de pájaros; los animales montaraces disparaban aturdidos en busca de mejor guarida; lamentábanse los ganados y cada árbol que caía, estallaba siniestramente de dolor y de rabia.

III

Sorprendido por la tormenta en camino de su estancia, venía viajero en un antiguo pero cómodo carricoche, don Pedro Robles, acompañado de su hija Rosaura y su sobrina Elena.

Escoltaban la tartana unos diez peones del establecimiento, armados todos, pues en aquellos tiempos de convulsiones políticas, no era muy prudente viajar sin una buena guardia, ni de día, tanto más que hacía cosa de cuatro años, que había convertido aquellos parajes, en teatro de sus fechorías, un terrible gaucho malo, llamado Nereo. ¡Qué no se contaba de él! Era, en resumen, uno de esos desalmados sin fe ni ley, fieras con figura humana para quien la vida ajena y la propia, no tenían valor, a no ser chorreando sangre.

Se le nombraba con labio tembloroso y las gentes hacían de él, de su caballo y de su guarida, que nadie conocía, las más fantásticas descripciones. Era buen mozo, de barba retinta, pero sus ojos echaban chispas en la noche; su caballo parecía tener alas; no había parejero capaz de darle alcance, y no se dejaba montar más que por su amo; más de cien domadores de fama habían apostado que cabalgarían en él, y todos perdieron las apuestas; para montarlo era preciso tener *gualiche*... En cuanto a su madriguera, parecía la antesala del infierno: esqueletos de mujeres asesinadas, cráneos de criaturas, pellejos de cristianos, todos víctimas del terrible furor del gaucho malo! Y todo obscuro y lleno de caranchos y lechuzas.

Nereo, sin embargo, no había hecho solo todas las atrocidades que se le atribuían. Era jefe de una pandilla de gauchos tan feroces como él, cebados con sangre en las constantes luchas civiles, y hombres todos capaces, ¡eso sí! de hacerse destripar por su partido.

Al llegar el carruaje de don Pedro López al punto desde donde contemplamos nosotros el paisaje, es decir, al doblar hacia el encajonamiento entre la selva y la sierra, en que se extendía su propiedad, el huracán y la lluvia arreciaban más que nunca. El estrépito era imponente y espantoso. Los árboles tronchados, hacinados unos sobre otros, semejaban gigantescos y empenachados guerreros, caídos en titánica lucha.



DESCONFIAMOS

—Llegué tarde porque me detuve para ayudar a cruzar la calle a una pobre viejecita y perdí el tren.

De pronto, sobre aquel fondo ensordecedor de fragores y estallidos, vibró, estridente como un grito de clarín, un ¡ay! humano.

Aquel alarido de suprema angustia, lanzado en la soledad, impresionó vivamente a las niñas, y don Pedro, que era hombre de corazón, mandó detener el carruaje y envió a algunos de sus peones al interior del bosque en auxilio del desdichado que tan lastimosamente se quejaba.

No tardaron en volver los paisanos conduciendo un hombre o muerto o desmayado.

—¿Vive?—preguntó Rosaura.

—Sí, niña—contestóle uno de los peones;—no es más que un desmayo a causa de la herida.

—¿Que está herido?

—Sí, niña, un algarrobo se le ha caído encima y no ve, le ha partido la frente. Y al decir esto el mocetón levantó algo más la cabeza del desconocido y los viajeros de la tartana vieron un rostro lívido bañado en sangre. Las niñas notaron, además, que los rasgos de aquel rostro eran delicados y bellos. Don Pedro sólo se dió cuenta de que era un semejante que sufría, y lo hizo acomodar como fué posible en el interior del vehículo, y las niñas le vendaron la herida con sus pañuelos.

Después de estas primeras atenciones, el carricoche siguió viaje a la estancia.

El herido era un gaucho de elevada estatura, vestido de chiripá y botas de potro, cortadas sobre el empeine. Venía sin poncho y en mangas de camisa. Porque según dijeron los peones, la tormenta lo había sorprendido sesteando en el monte.

El poncho y la chapona no estaban allí, pero seguramente las había dejado sobre su pingo, que había disparado rompiendo el *maniador*, pues un pedazo de *guasca* quedaba atado en el algarrobo.

Tanto don Pedro como las niñas no apartaban la vista del hombre desmayado, que al poco rato de camino, debido tal vez en parte a los barquinazos del carricoche, abrió de pronto los ojos, dió un suspiro y los volvió a cerrar.

Pero en aquel alzar y bajar de párpados, Rosaura y Elena vieron dos pupilas pardas de profunda expresión y exclamaron a una:

—¡Qué lindos ojos!

Don Pedro sonrió tácitamente ante la afirmación de las "muchachas", y el silencio volvió a apoderarse de los viajeros.

El herido continuó desmayado hasta llegar a la casa de la estancia.

Alojáronle en una pieza del rancho de los peones y don Roque el mayordomo, que entendía algo de cirugía de campaña, reconoció la herida, y no hallándola de mucha gravedad, pronosticó formalmente que de allí a ocho días, asistiéndole él, estaría "sano del todo".

IV

Pasó la primera semana, y el desconocido, si no se halló completamente sano, como aseguró don Roque, por lo menos pudo salir afuera y conversar.

Por varios días había permanecido como postrado; la herida de la cabeza, y tal vez más que la herida el golpe, habían sido terribles aunque en el cuerpo sólo recibió machucones sin importancia, al decir del aficionado cirujano.

Si éste hubiera sido más médico, y más que médico psicólogo, habría podido notar que el enfermo que tenía a su cuidado, era un enfermo bastante raro. La mayor parte del tiempo lo pasaba con los ojos cerrados, aunque no dormía, y sólo los solía abrir para cerrarlos en seguida, cada vez que oía en la puerta la voz de las niñas, interesadas en el estado de su salud.

Pero si al mayordomo no le llamó la atención el gaucho herido, no pasó lo mismo con un peón mulato, llamado Benito, a quien aquél encargó de velarle por las noches.

El tal mulato, siempre que se acercaba al gaucho, parecía tener algo adentro que le quemara los labios y que no pudiendo brotar en palabras, se desvanecía sobre ellos en sonrisa enigmática y burlona.

Pero una noche no pudo resistir al ímpetu de su secreto, e inclinándose sobre el paciente, díjole al oído:

—¡Nereo!

El gaucho se estremeció: levantó los párpados y clavando sus pardas y expresivas pupilas en los ojos pequeñitos y pillos del mulato, le dijo con voz pausada y serena:

—¡Si me descubrís, te mato!

V

Una semana después restablecióse el herido por completo, y don Pedro López y su familia aguardaban que de un día a otro les diese las gracias y se despidiera.

Pero fueron pasando días y días y el gaucho no se iba. Siempre taciturno, siempre callado, meditabundo siempre, no mantenía ya, sin embargo, cerrados los ojos, sino que por el contrario, todo lo miraba y observaba. Y la cara, se le alegraba disimuladamente cada vez que veía a las niñas, y en especial por las tardes, cuando iban a pasear alrededor de una laguna algo distante de la casa.

Un día a la hora pesada de la siesta, mientras todos, amos y peones, estaban entregados al descanso, el gaucho y el mulato Benito tomaban mate, mano a mano, pero silenciosamente al lado del fogón.

De pronto miró el gaucho al mulato y le preguntó bruscamente:

—Ché, decime ¿cuál es el mejor flete de tu patrón?

El mulato se sonrió cínicamente.

—¡Mulato e cuerno!—exclamó el gaucho.—¡A ver si contestás!

—¿Qué andás por hacer, Nereo?—preguntóle el otro con tono socarrón.

—¿Qué te importa a vos?... Si no...

—A ver, no te enojés. Mirá, de los cuatro que hay a pesebre, yo pa mí elegía el tordillo... no hay parejero que le alcance, ejejé...

—Está bueno—contestó el gaucho alcanzando a Benito el mate, ya vacío, con aire de fastidio.

—¡Pucha! ¡qué habías sido cosquilloso!

El gaucho malo, el terrible Nereo, espanto de aquellos pagos, miró al mulato de arriba abajo, lió un cigarrillo, lo encendió con una ramita del fogón, dió dos o tres pitadas, devolviendo el humo por boca y nariz, escupió lejos por el colmillo, y volviendo a mirar a su interlocutor, le ordenó con rabia:

—Alcansá la ginebra, ¡motoso e cuerno!

VI

Rosaura y Elena salieron esa tarde, como de costumbre a dar su vuelta alrededor del lago.

Declinaba el sol y las vértebras de la sierra se matizaban camaleónicamente; la selva distante ceñía en sus copas un cintillo de oro, forjado por los últimos rayos del día; el pajonal en sombra estaba pálido y quieto; y las ondas de la laguna remedaban espejos de cristal flexible.

Las dos jóvenes caminaban descuidadamente por el borde, hablando de esas mil bagatelas que forman el fondo ordinario de las conversaciones de la vida social, hilvanaban recuerdos, enumeraban deseos, hacían proyectos y levantaban castillos, en aquel aire dulce, embalsamado y sano, cuando se enfrentaron de pronto con un jinete en el que reconocieron al herido de la selva.

El gaucho montaba el tordillo de don Pedro, en pelo y sin más freno que un simple bocado. Esto les extrañó mucho, porque el señor López no era amigo de que nadie le galopase sus pingos, pero no dieron mayor importancia al hecho y continuaron avanzando.

Nereo venía al trotecito, con las mismas ropas con que le hallaron en la selva, más un poncho y un chambergo que le habían dado en la estancia. Su robusta y esbelta figura se destacaba en el paisaje con poética gallardía y Elena no pudo menos que decir a Rosaura:

—¡La verdad que es buen mozo!

La hija de don Pedro no tuvo tiempo de contestarle. Nereo estaba junto a ellas, y con un rápido movimiento de cuerpo, se agachó, pasó su mano derecha por el talle de Rosaura, alzóla en peso, púsola sobre la delantera de su cabalgadura, taloneó al tordillo y partió a escape, dejando estupefacta y sin habla a la infeliz Elena.

VII

Cuando ésta volvió a ser dueña de sí, corrió hacia la casa dando voces desesperadas. Don Pedro al oirlas acudió sobresaltado y supo de sus labios la horrible e inesperada noticia.

La peonada había acudido también. Montó a caballo el anciano y escoltado por la mitad de ella, salió en seguimiento del bandido. Benito, que le acompañaba, no bien traspasaron la gran tranquera de la estancia, exclamó instintivamente:

—¡Pobre niña en manos de Nereo!

—¡Cómo!—gritó don Pedro;—¿que ese... es Nereo?... ¿Y cómo no lo has dicho antes?

—Me amenazó con matarme.

—¡Fuera de aquí, bribón! ¡No pises más mi casa!—rugió don Pedro, cruzándole el rostro de un rebencazo.

—¡A toda rienda, muchachos!—prosiguió el indignado padre dando ejemplo a sus peones y dejando atrás al mulato, que volvió grupas a la comitiva amagándola con los puños.

VIII

Todos iban armados con carabinas, pero don Pedro, de miedo que la hirieran a su hija, ordenó que nadie hiciera fuego. Sólo él, si venía al caso, arriesgaría un disparo.

Y la ocasión no tardó en presentarse.

Nereo no les llevaba mucha distancia, lo que era extraño dado el caballo que montaba y la necesidad de huir en que estaba. Pero el gaucho tenía su plan. Sospechando que saldrían inmediatamente en su seguimiento, los dejó acercar de ex profeso, seguro de que no harían fuego sobre él por no herir a Rosaura. Pero se equivocaba. Don Pedro tenía fama de excelente tirador, y al verle a tiro le hizo fuego con su carabina; la bala pasó silbando por sobre el ala de su chambergo. Nereo apretó piernas al tordillo y ganó terreno. Llegaba ya a la entrada del bosque, cuando una segunda bala le silbó al ladito de la oreja izquierda.

—¡Bien apuntao!...—dijo el gaucho y se internó en el bosque.

Prodújose entonces un desparramo en el grupo de sus perseguidores, que se fraccionó para rodearlo y cerrarle el paso.

Mas el astuto matrero cabalmente había contado con ello, conocía la selva mejor que nadie y mientras don Pedro y sus peones se internaban en el corazón de la floresta, él, aprovechando el que Rosaura, perdidos los sentidos, no podía gritar, se ocultó detrás de una maraña y aguardó a que se alejaran sus enconados cazadores.

Pocos minutos después salía por un lado de la selva, metíase en el tupido y reseco pajonal, y pasaba a nado al otro lado, con triunfante aspecto.

Y siguió al galope en dirección a la sierra, volviendo incesantemente la cara hacia el pajonal, como si aguardara de él alguna cosa.

De improviso levantóse en medio de las resecas pajas una inmensa llamarada y un chisporroteo como de cohetes.

—¡Aura sí! ¡que me pisen el poncho!—exclamó con un grito de alegría salvaje.

Nereo había interpuesto entre él y sus rastreadores la insalvable valla del fuego, y pasarían horas antes de que pudieran seguir su rastro... si lo dejaba.

Y aquel incendio de pasión humana, penetró en la sierra con su preciosa carga a galopito corto, vuelta la cara a la selva, y golpeándose la boca en son de burla, entre otros dos incendios colosales: el del pajonal que ya era un mar de fuego, y el del ocaso solar que había estallado en explosión de luz allá abajo, detrás de las cumbres, pero con tal violencia, que convirtió la espalda de occidente en una placa de metal rojizo.

IX

Perdida en lo más intrincado de la sierra estaba la madriguera de Nereo: un ranchito de paja entre picos escuetos y rodeado de precipicios espantosos.

Ya era noche alta cuando el gaucho llegó a él. Rosaura había vuelto en sí en el camino y le suplicó con todas sus lágrimas, con todas sus ansias, que la dejara libre, que la volviera a su hogar.

Nereo no le contestó: Rosaura entonces, desesperada, recurrió a los insultos; el gaucho se sonrió pero no replicó palabra.

La angustia asfixiaba a la pobre niña; su cerebro caía a cada rato en manos del vértigo girando en horribles torbellinos: gritaba y sólo el eco y el rítmico pacatá, pacatá, del galope del caballo respondían a su pobre voz de mujer sin amparo.

Por fin el gaucho sofrenó el corcel, se apeó y la bajó, tendiéndola en el suelo porque no tenía fuerzas la infeliz para ponerse de pie; estaba extenuada de aflicción.

—Ya decía yo—exclamó Nereo de pronto, y dejó a la niña por ir a atender a su caballo, su famoso zaino halado que estaba allí tranquilo, junto al rancho, haciendo sonar las coscojas de su freno. El fiel animal hacía como veinte días que estaba enjaezado, cargando boleadoras en los bastos y lazo al tiento. Veinte días que pastaba y bebía con freno, y que noche a noche volvía sin duda alguna a la guarida de su amo a aguardar su regreso!

Quitóle el recado y el freno, y lo palmeó con cariño; el pobre animal lanzó un relincho como una diana, y bajó las peñas al trotecito sacudiendo las almenillas de su crin tusada.

Sin duda el estridente relincho del caballo sacó a Rosaura del insensato estupor en que se hallaba, y la arrancó un suspiro.

Lo oyó Nereo, y acercándose a la niña, le dijo con aire protector:

—¿Por qué suspirás, vidita, si estoy yo a tu lado?

Y pretendió tomarla entre sus brazos.

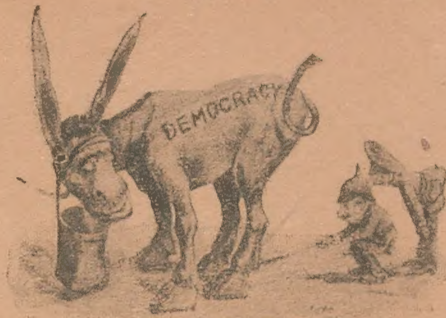
Rosaura hacía rato que estaba en sí, y a la luz de la luna que tendía a sesgo, entre las rocas, un poético cortinado de seda transparente y fúlgido, había vislumbrado el precipicio, a cuyo borde se levantaba el rancho del matrero. Así que cuando éste se le acercó de nuevo y la rozó el talle con las manos, la joven, sacando fuerzas de flaqueza y como si la hubiera picado una víbora, se irguió de pronto llevándose la mano al cuello, del que algo arrancó con ademán violento.

Todo esto fué tan rápido que Nereo no tuvo tiempo de impedirla que se parara en el pretil de rocas desiguales que bordeaba el abismo.

El gaucho, sin embargo, dió un paso más con los brazos extendidos hacia adelante. Rosaura, entonces, mostrándole un pequeño crucifijo de plata, le gritó aterrorizada:

—Cruz, demonio! ¡Si me tocas, me despeño!

LECCION



...Y ya sabemos lo que pasó.

¿Qué pasó en el espíritu de Nereo al oir aquellas palabras, al tener ante sus ojos la Cruz del Redentor, que era lo único que respetaba en el mundo y la esbelta figura de Rosaura, que era lo único que amaba, envuelta en luna y en cabellos rubios, ideal como una estatua hecha con cielo?

Sólo Dios lo sabe: lo cierto es que dobló la cabeza por un instante, e irguiéndola luego, dijo sumisamente a la joven:

—Bajate, rubia; por esa misma cruz, te juro que no te haré daño alguno. Serás la reina aquí.

Había tanta fuerza de verdad en el tono con que pronunció Nereo el juramento, que Rosaura, tranquilizada, pero sin guardar la cruz que la había salvado, abandonó el peligrosísimo pretil.

—Vuélveme a casa—intimóle con tono de mando.

—Mañana... o pasado...—repuso el gaucho.—Sos mi vida... esperá... tal vez ¿y por qué no? tal vez me querás y podás ser mi esposa algún día.

—Jamás—respondió Rosaura.

Nereo calló, entró en el rancho, lo arregló lo mejor que pudo, encendió una vela y díjole a la joven:

—Esta casa es tuya; yo no entraré en ella sin que me des permiso.

La joven penetró en el rancho, observó las puertas y, satisfecha de ellas, las cerró por dentro con cerrojo, dejando fuera a su raptor.

Nereo se tendió sobre el recado. Pero le fué imposible conciliar el sueño.

Lo mismo le pasó a Rosaura, que, sentada en una tosca silla, no hizo sino rezar y llorar.

El gaucho, entretanto, tomaba su guitarra y rasgaba el solemne silencio de la noche, entonando con voz melodiosa y viril unas sentidas décimas cuyo final obligado decía así:

"No me tengás por cruel...
que seré tu perro fiel
hasta el instante bendito
en que tu corazoncito
no tenga pa mí mas *yel!*

A eso del amanecer, un agudo chillido interrumpió al raptor, que contestó con otra seña idéntica. Y a poco aparecieron, montados en briosos potros, dos gauchos más que, echando pie a tierra, entregaron a Nereo una moneda partida.

—De parte del coronel—dijo uno de ellos.

—Ya sé...—repuso Nereo, rascándose la cabeza, con aire contrariado.

—Hoy a las doce se reunirá la gente.

—¡Bueno!—exclamó Nereo suspirando.—Iré.

Los dos recién llegados volvieron a montar en sus corceles y desaparecieron en el dédalo de la sierra.

En cuantito salió el sol, golpeó Nereo a la puerta del rancho.

—¿Qué hay?—contestó Rosaura sin abrir.

—¡Que has salido con la tuya: que voy a llevarte a la entrada de la estancia! Mi partido se ha levantao; la patria me llama y tengo que dir; ¡pa eso está uno!

¿Sería posible? Rosaura no podía dar crédito a sus oídos. Besó el crucifijo y abrió la puerta.

Nereo tenía ensillado su caballo, y preparaba a su modo una silla de mujer para que montara Rosaura en el tordillo de don Pedro.

¿Era entonces verdad? Pero sus dudas no se disiparon por completo sino cuando, al llegar al pie de la sierra y a la vista de la estancia, díjole Nereo con voz triste:

—Adiós, prenda! Entregale el tordillo a tu padre y decile que no soy ningún ladrón!

X

Tres meses después, acampaba a una legua de la estancia, la gente del coronel Bonilla. Eran como doscientos hombres, todos de avería y valientes como las armas.

No hacía mucho que habían churrasqueado. La noche acababa de plantar las cuatro invisibles picas de su tienda en los cuatro ángulos del mundo y las estrellas reían a su sombra.

Echados de bruces los unos, boca arriba los otros, sentados éstos, en cuclillas aquéllos y uno que otro de pie, porque el cansancio de la marcha los trae rendidos, los famosos soldados de Bonilla han formado una serie de grupos en los que se charla, se duerme y se juega a las cartas a la luz de las fogatas...

En uno de ellos se habla quedo, muy quedo, como si se estuviera tramando algo siniestro; pero no en voz tan baja como para que Nereo, que, en el grupo próximo, simula dormir desde que comenzó a interesarle la conversación de sus vecinos, pierda ni una sílaba de ella.

—Sí—decía uno, que no era otro que el mulato Benito;—son riquísimos y partidarios del gobierno; conozco la casa como a mis manos. Hay más pilchas que en una pulpería, y cubiertos de plata y dos mozas como unas flores. Una de ellas...

El mulato se acordó de la proximidad de Nereo, miró para su lado, lo oyó roncar, pero asimismo no prosiguió el relato sino que, cambiando giro, les preguntó a sus compañeros:

—¿Conque, vamos? Respondo del malón, porque los peones duermen lejos y antes que se despierten... ¡pucha!... ¡si tenemos tiempo! Si quieren... en cuanto toquen silencio escurrimos el bulto. Yo les dejo todo; me contento con el viejo...

Los compañeros del mulato fueron todo oídos al oir semejante proposición.

—Tengo una cuenta que arreglar con él—remachó Benito, en tono amenazante.

—Bueno, ya está—contestaron los otros.

—¡Hum!—pensaba Nereo.—Este canalla de mulato es capaz de todo, ¡pero no ha contado conmigo! ¡Antes que arranque un pelo de Rosaura, o de su padre, o de su prima, me ha de dejar pelao a mí!

Se tocó silencio.

Extinguiéronse los fuegos y todo pareció dormir en derredor.

Pero alguien que no hubiera tenido la despreocupación del coronel Bonilla y sus inmediatos subalternos, hubiera podido notar un ir y venir de siluetas y fantasmas, que aparecían y se desvanecían de pronto en el tranquilo campamento.

XI

—¿Y a dónde vamos?—preguntó uno de los muchachos de Nereo, al ver que éste los dirigía a la estancia.

—A defender a la familia de Robles, de un malón que van a darle esta noche el pardo y su camada.

—Pero Robles es enemigo—observó otro.

—¿Y qué importa?—contestó imperiosamente el matrero;—¡es el padre de mi prenda!—y aflojó riendas a su pingo.

Ante tal declaración no había que replicar.

Latiguearon todas las cabalgaduras y llegaron a la estancia en un momento.

Benito y los suyos no daban señales de vida todavía, de lo que se felicitó Nereo, porque así tenía tiempo para advertir al mayordomo y la peonada.

Asombro mezclado de pavor fué lo que sintió el cirujano don Roque, al verse frente a frente con el terrible gaucho malo, a aquellas horas de la noche.

—Sea hombre, don Roque, y no tenga miedo. No hay tiempo que perder. Llame a los peones y ármelos, que Benito el mulato con otros pájaros de cuenta van a atacar esta noche la casa.

Don Roque no sabía lo que le pasaba. Estaba perplejo y espeluznado.

—¡Vamos, viejo, andá ligero!—agregó Nereo dándole un empellón;—y no aflojés el ala, que aquí estoy yo pa darles mano, y a más traigo a mis muchachos, que son como tigres.

Estas palabras consiguieron reanimar, pero no del todo, al pobre don Roque, que no estaba ya para aquellas fiestas; obedeció al matrero, llamó a los peones, y todos juntos, al mando de Nereo, fueron a esconderse detrás de la casa.

No aguardaron mucho.

Sigilosamente y en grupo compacto, capitaneados por Benito, fueron apareciendo hasta quince hombres a caballo, que se fueron acercando a la casa de la familia, listas las tercerolas, enristradas las lanzas y desenvainados los facones, que brillaban siniestramente al reflejo nocturno.

El mulato y dos o tres más echaron pie a tierra e intentaron forzar la puerta con los cabos de sus lanzas.

En aquel momento resonó una descarga y se oyeron dos o tres alaridos de dolor. Los de Nereo y los peones caían sobre los asaltantes, que, después de un momento de estupor, contestaron al fuego.

—¡Maldición!—gritó Benito, montando a caballo y reconociendo al gaucho, a la luz de un fogonazo:—¡Nereo!

Había que pelear hasta morir. El entrevero fué horrible: unos a fuego, otros a lanza y a machete limpio los demás, aullaban y peleaban con horrible encarnizamiento.

Don Pedro Robles, al oir el estrépito y fragor de la refriega, pretendió salir; pero las niñas, que se morían de pavor, no se lo permitieron y el anciano, que no temblaba por él, se sintió débil mirando a las dos mozas aquellas que eran pedazos de su corazón, y se quedó dentro intranquilo y ansioso.

Sin embargo, los ruegos de las jóvenes no lograron impedir que abriera una rendija del postigo y mirara por ella.

¿Qué sucedía? Don Pedro no atinaba a explicarse aquella singular y reñidísima contienda, que arreciaba cada vez más. Parecía que una horda de demonios había venido a hacer ronda infernal a sus ventanas. De pronto uno de los bandidos—¡Benito!—cayó al suelo agitando los brazos; una bala le había atravesado el pecho. Como si su caída hubiese sido señal de desbande, todos los suyos, que quedaban válidos, acosados por el mayor número y encarnizamiento de los otros, privados de su jefe, emprendieron la fuga, haciendo una última descarga de tercerolas...

¡Ay! una de las balas bajó del caballo al pobre Nereo. Sus muchachos no se preocuparon, al ver tal desgracia, de perseguir a los prófugos, y se apearon a



socorrerlo. Don Roque, que más que dientes parecía tener castañuelas en la boca, se acercó también y observó la herida.

—Es mortal—dijo,—la bala le ha entrado en la cabeza.

Un indescriptible sentimiento de horror y de espanto se apoderó de aquellos gauchos que creían invulnerable a su caudillo.

—Si lo pudiéramos curar... tal vez...

—Probemos.

Y don Roque fué a llamar a la casa.

Don Pedro reconoció la voz, y ante las seguridades que daba el mayordomo, permitieron las niñas que se abriera la puerta.

—¿Qué es lo que hay? ¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué significa ese tendal de heridos?...

—De muertos—dijo don Roque.—Entre ellos no hay más que un solo herido, pero gravísimo: Nereo.

—¿Nereo dice usted?...—interrumpió con ira el anciano.

—Sí, Nereo; pero otro Nereo del que conocíamos. Ha defendido su casa como un león y muere por ustedes. Si permite que le entremos...

El anciano se ablandó al oir estas palabras, y las niñas prepararon un lecho para el pobre herido de los lindos ojos...

Don Roque hizo lo que pudo por extraer la bala, pero sus esfuerzos fueron inútiles. El corazón de Nereo palpitaba todavía; pero aquellos latidos eran los últimos.

Cuando don Roque afirmó eso, después de haber referido la historia del malón, pasó una cosa extraordinaria, como que pasó en un alma de mujer.

La herida de Nereo era en la frente, junto a la cicatriz de la que ya le curara el mayordomo, después del episodio de la tempestad. Rosaura no apartaba los ojos de ella, y de improviso, con asombro de todos, se inclinó sobre el moribundo y, con sus labios virginales, estampó un beso sobre la llaga abierta, y le bañó la cara con sus lágrimas.

Nereo pareció revivir por un segundo. Sus pupilas aterciopeladas y profundas, y veladas ya por la tiniebla de la muerte, parecieron hacer un esfuerzo supremo y se clavaron en las llorosas de Rosaura, mientras que su boca, sin fuerzas ya para sonreir, murmuraba quedo, muy quedo, con el postrer aliento que le restaba, con el último arranque de su alma, compendiando su dicha y su tristeza:

—¡Qué tarde!

Suspiró hondamente: sus lívidos párpados se bajaron, cubriéndole los ojos hasta la mitad de la pupila y quedaron allí sin movimiento, como de cera, como de piedra.

Rafael FRAGUEIRO.

La hermana pequeña

I

Eran tres hermanas: las tres bonitas, las tres discretas y las tres pobres.

El padre se llamaba don Ambrosio, y era cesante.

Podía vivir con comodidad, porque había ahorrado *un poco;* pero las niñas no tenían dote.

Una niña sin dote es un punto negro de la sociedad moderna, porque la sociedad moderna es positivista.

Las tres niñas de don Ambrosio esperaban, sin embargo, casarse con un millonario cada una.

La vida que hacían era, según ellas creían, la más a propósito. Era una vida, sin embargo, que a don Ambrosio le traía a mal traer, porque el pobre hombre no podía con el gasto que traía consigo. Porque las niñas, o, por mejor decir, dos de ellas, Luisa y Aurora, no perdonaban diversión ni turno preferido el día de moda. Iban a paseo todos los días, al teatro todas las noches, de cuando en cuando a un té, de cuando en cuando a un baile. Modesta, no.

Modesta, que era la más pequeña y la más bonita, parecía la más vieja de las tres por su carácter.

—¿Pero te educas para monja?—le decían sus dos hermanas.

—Dejadme estar, que yo sé lo que me hago.

Y la dejaban y se marchaban todas las noches al teatro Real, o al Español, o al de la Zarzuela. Don Ambrosio ¡es claro! hacía veces de *mamá*, porque era viudo y las niñas no habían de ir solas. También iba con ellas Isidoro, un pobre chico, empleado con diez mil reales en un ministerio y que solía *pegarse,* como se suele decir, siempre que la familia tenía un palco o un coche alquilado para paseo.

—Isidoro es un buen chico—decía don Ambrosio;—tiene porvenir...

—¿Porvenir?—decía Luisa.—¡Bonito porvenir! Diez mil reales y republicano, y ahora que va a venir la monarquía...

—¿Porvenir?—añadía Aurora.—Ya le he visto cesante tres veces en cuatro años.

—En cambio—observaba don Isidoro,—tiene muchos oficios: porque además de su sueldo, gana cinco mil reales como administrador de una casa de la calle de la Lechuga, y cuatro mil que viene a sacar de comisión vendiendo vinos de Jerez... ¡qué! ¡si el Isidorito es una hormiga!

Y era verdad. Isidoro era una hormiguita. No había medio de que convidase nunca a las niñas al café ni las comprara un cartucho de caramelos. Cuando iba al teatro, *acudía* cuando se empezaba el segundo acto, por no verse en el compromiso de tomar las entradas.

Dejaba que don Ambrosio comprase *La Correspondencia* para pedírsela prestada, y luego se quedaba con ella, y al cabo de tres meses las vendía al peso y se ganaba tres pesetillas.

Pues señor, como digo de mi *cuento*, las chicas se ponían muy tiernas cuando las miraban los *gomosos*, como dicen ahora. En la casa eran presentados muchos de ellos; las niñas se trataban con lo mejor de la corte.

Y Modestita, siempre muy seria y siempre en casa.

Un día don Ambrosio ganó sesenta duros a la lotería. Las chicas alborotaron la vecindad, y no pararon hasta conseguir que los sesenta duros fueran repartidos a partes iguales.

Luisa con sus veinte duros se compró un vestido de sedalina morada, que adornado con unos terciopelitos negros y qué sé yo qué, resultó elegantísimo.

Aurora abonó tres butacas de *callejón* en el teatro de la Zarzuela, como quien sabía donde se colocaba.

Modesta se guardó su dinero, y una noche, mientras las *chicas*, como decía ella, salieron al teatro, salió ella con su criada, una criada de treinta años de servicios en la casa y a quien desde niña llamaban la *chacha*, y volvió a poco rato con dos gallegos que traían una gran caja de madera, que llevaron al cuarto de Modesta.

Las chicas volvieron del teatro a las doce y media, tan contentas, tan satisfechas... el vestido de Luisa había hecho furor... habían dicho todos sus amigos y amigas que se habían abonado; don Ambrosio venía echando pestes de los cómicos de la Zarzuela.

—¿Qué tienes ahí?—dijo Luisa reparando en el cajón que había traído Modesta.

—Nada,—respondió la hermana pequeña tapándolo con el cuerpo.

—¿A ver, a ver qué has comprado?—dijo Aurorita.

—¡Nada! ¿Qué os importa?

—¡Ay! ¡qué hurón! Apuesto que es alguna tontería.

—Serán libros viejos.

—Algún retablo.

—¿Es un organillo?

—Vamos, no seas simple, enséñanos tu compra.

Modesta se reía y no enseñaba lo que había dentro de la caja.

No hubo de descubrir el secreto. Don Ambrosio aseguraba que sería algún regalo para él, que cumplía sesenta y cinco años dentro de pocos días.

Las *chicas,* con sus trapos y sus proyectos para el día siguiente, no volvieron a ocuparse del tapujo.

Se durmieron soñando, con un batallón de novios, y se despertaron dispuestas a molestar a la hermana pequeña.

Porque, eso sí, se reían de ella, la criticaban su reclusión voluntaria, pero la exigían que las peinase, que las diera el plan de un vestido, que las colocara las flores en la cabeza o en el pelo. Modesta era tan mañosa, que todo se lo encontraba hecho.

Un día que fué Isidorito a verlas por la mañana, le dijo Luisa.

—¿No sabe usted que mi hermana ha hecho una compra?

—Ya lo sé,—dijo Isidoro.

—¿Qué es lo que sabe usted?—dijo Modesta encendida de cólera.

—¡Ah!—dijo entonces Isidoro poniéndose morado,—creí que me decían ustedes otra cosa.

Luisa y Aurora se miraron.

—Pues sí señor,—dijo Aurora,—ha comprado mi hermana un bicho que está encerrado en un cajón de madera y no se puede ver.

—Debe ser un animalucho raro,—dijo Luisa.

Y se reían como unas bobas.

Isidoro cambió de conversación.

—¿Saben ustedes que se casa el vizconde?

Aurora se puso pálida.

—No puede ser,—exclamó.

—¡Vaya si puede ser! Como que acabo de oir la primera amonestación en la iglesia de San Luis.

—¡Títere!—murmuró Aurora. Y se marchó a su cuarto.

—La verdad es,—dijo Luisa entonces,—que no tenía ninguna necesidad de haber hecho creer a mi hermana Aurora que estaba enamorado de ella.

Don Ambrosio, que oía la conversación, *echó un sermón* diciendo que sus dos hijas mayores eran unas simples, que se creían todo lo que le decían los hombres, y que...

En este momento entró la *chacha* y dijo:

—Ahí viene la criada del cuarto principal que quiere hablar con ustedes.

—¿Con nosotros?—dijo don Ambrosio.

—Eso dice.

—Llame usted a mi hija Aurora y recibiremos todos a esa criada.

—Vino Aurora llorando.

—¿Qué tienes?—le dijo su padre.

—Nada, que me he pinchado.

—No será de coser,—dijo Modesta sonriendo.

—No, porque no soy tan *cursi* como tú.

Entró la criada del principal y dijo:

—Buenos días, ¿están ustedes *güenos?*

Don Ambrosio contestó por todos, y la criada dijo en seguida.

—Pues... dicen mis señores que a ver si hacen ustes el favor de no armar ese ruido por las noches, porque no lo pueden aguantar, y a más que está mi amo enfermo...

—Todas las personas que había en la sala se miraron.

—Ruido ¿aquí?—dijo Luisa.—Si nosotras vamos todas las noches al teatro, y en cuanto venimos nos acostamos!

La *chacha* y Modesta se habían puesto muy coloradas.

—Diga usted a los señores,—exclamó Modesta por fin,—que está bien, que no habrá más ruido.

Apenas se hubo marchado la criada del principal, llovieron las preguntas sobre Modesta y la criada antigua.

—¿Se puede saber qué pasa en mi casa por las noches?—gritó don Ambrosio.

—¿Es decir que aquí hay *jarana* en cuanto nos vamos?—exclamó Aurora.

—¿Te pasas de noche bailando, hija mía?—preguntó Luisa.

Modesta se echó a llorar y se marchó corriendo. Ya iban a seguirla todos, cuando Isidoro dijo.

—No es nada don Ambrosio; yo les diré a ustedes lo que pasa; déjenla ustedes llorar... se ha asustado, pero en fin todo se arreglará... hasta otro rato!

II

Desde aquel día Modesta fué objeto de todo género de bromas, que se hubieran prolongado hasta convertirse en insultos, si un suceso inesperado no hubiera venido a absorber toda la atención de la familia.

Una noche, al volver del teatro, don Ambrosio se sintió malo; a la madrugada se sintió peor, y a la mañana siguiente dijo el médico que no duraría tres días, porque tenía nada menos que una pulmonía fulminante.

—Sí,—dijo don Ambrosio, que enfermo y todo conservaba su mal humor y su franqueza.—Se empeñaron ustedes en que con sesenta y cinco años saliese todas las noches al teatro, a los bailes, al demonio, ¡y es natural, reventaré como una bomba!

Luisa y Aurora comprendieron tarde que el pobre viejo tenía razón, y lloraron desconsoladas.

Isidoro entró en la alcoba, y dijo:

—Don Ambrosio, quisiera revelar a ustedes un secreto.

—Déjanos solos,—dijo el enfermo a sus tres hijas.

—No,—dijo Isidoro;—que se queden.

Y habló de esta manera.

—Yo, señor, hace mucho tiempo que tengo pensado casarme con Modesta.

El enfermo, Luisa y Aurora se quedaron estupefactos.

Y como ella y yo somos pobres,—continuó Isidoro,—hace mucho tiempo que, contando con el permiso de usted, estamos preparando la boda.

Luisa y Aurora, aunque parezca extraño, rechinaban los dientes.

—¿Se acuerda usted de aquel cajón que tanto excitaba la curiosidad de estas señoritas?—preguntó Isidoro.

—Sí, sí ¿qué era?

—Pues era una máquina de coser que adquirió Modesta a medias conmigo, y con ella y dos piezas de tela que teníamos compradas con nuestros ahorros, ha hecho Modesta en tres meses todos los trapitos para nuestra casa y un equipo modesto de novia. Mientras ustedes se divertían y gastaban dinero. Modesta y yo ahorrábamos y hacíamos nuestra cuenta. Ese era el ruido que tanto molestaba a los del principal. La máquina de coser, que parece una tormenta deshecha.

Don Ambrosio se incorporó en su lecho, extendió los brazos y en ellos se arrojaron Modesta e Isidoro, mientras la voz del padre decía:

—Hazla muy feliz, que es muy buena... ¡hija mía! ¡bendita seas!

Diez minutos después, expiraba sin haber dirigido una palabra a Luisa ni a Aurora.

III

De esto hace un año. Modesta y su marido son los esposos más felices del mundo. Modesta, sin embargo, tiene una pena. Su marido le ha prohibido todo trato con sus hermanas. Luisa y Aurora, sin padre, sin educación, sin recursos, han acabado por ser dos aventureras...

¡Era natural!

En *La Correspondencia* del otro día se leía el siguiente anuncio: "Se vende una máquina de coser casi nueva: en la calle del Bonetillo, número 17 cuarto sotabanco."

Modesta y su marido leyeron este anuncio y se les arrasaron los ojos de lágrimas.

—¡Es mi máquina!—dijo Modesta.—El secreto de nuestra felicidad! No me la quisieron dar cuando me casé, y ahora la venden...

—Para ir al primer baile de máscaras de este año,—dijo Isidoro con desprecio.

—¡O tal vez para comer mañana, Isidoro!—dijo Modesta.—¡Vé y cómprala!

Isidoro la ha vuelto a comprar y ocupa el lugar preferente del gabinete de su esposa.

Luisa y Aurora no necesitaban venderla para comer, porque no les faltaba dinero. La vendieron porque la máquina en la casa era mueble ridículo, inútil. ¡Porque es una máquina de *coser,* y esas desventuradas... no saben!

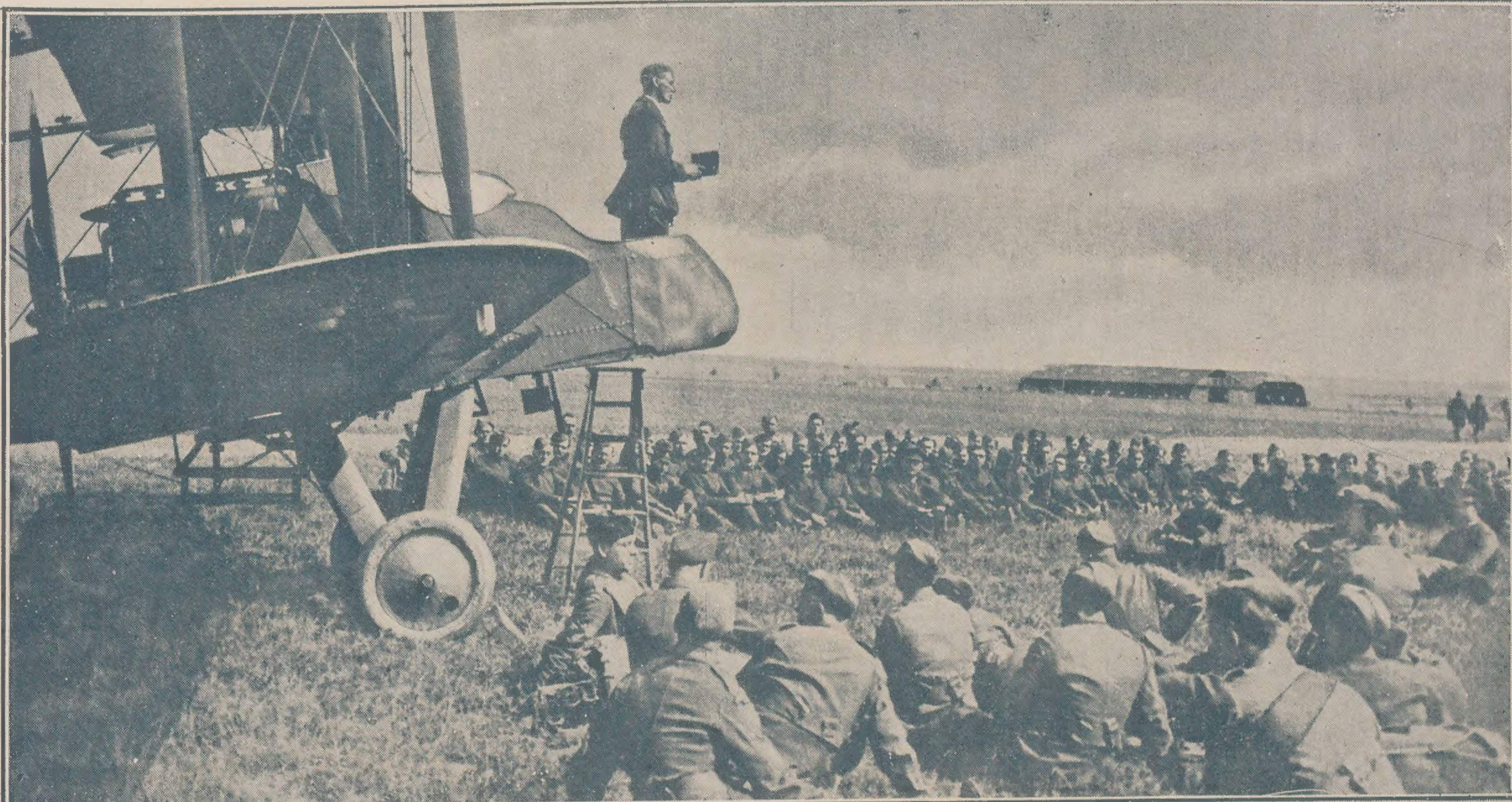
Eusebio BLASCO.

Influencia Española in the P.O. Dept.

La influencia o la influenza española vista por un diario norteamericano. En el departamento de correos la correspondencia importante espera transporte urgente.

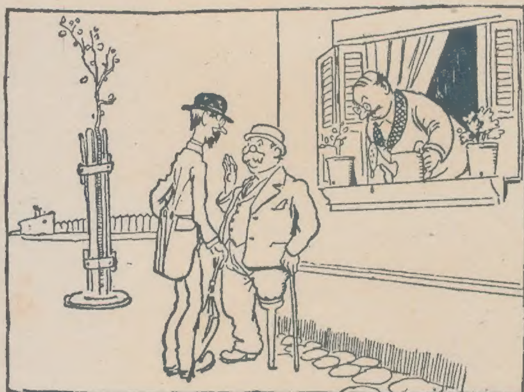


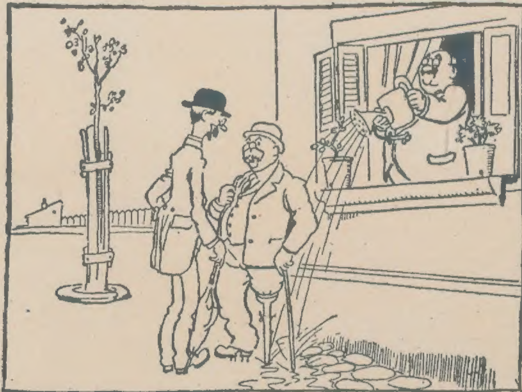
EL AEROPLANO COMO PÚLPITO

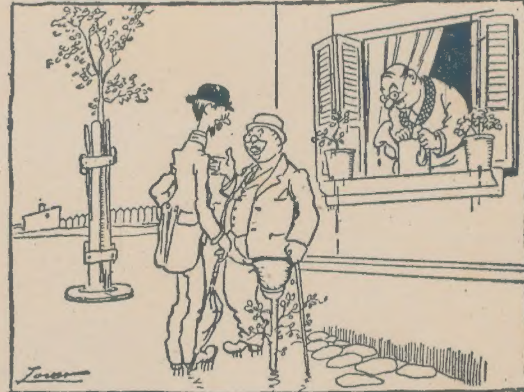


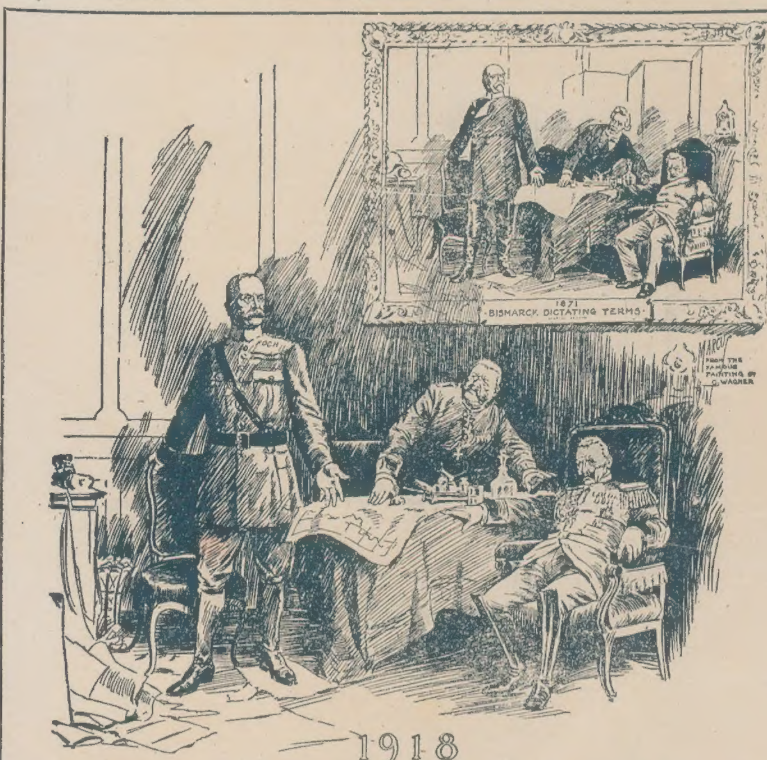
En nuestra fot. aparece un aeroplano británico de bombardeo empleado como púlpito por un capellán protestante que comenta un texto religioso ante un grupo de aviadores de S. M. Jorge V. — Es muy posible que el señor José Luis Cantilo, candidato a senador por la capital del sector oficialista del radicalismo porteño, imite a aquél, en breve, para explicar a la gente del padrón las virtudes del Plebiscitado. También no es improbable que don Octaviano Vera, "enemático" diputado, salga de raid por las provincias del norte e insista en que "las barbas de Alem se extienden por toda la república".

LA PRIMAVERA, HISTORIETA MUDA, por Tovar.









Invirtiendo los términos y figuras del célebre cuadro del pintor Wagner. — En 1871, Bismarck levantaba el gallo e imponía condiciones; en 1918... se acabó el dulce de leche.



Antes y después de la paliza marca Foch.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires


43